

ESTUDIOS



AÑO II | SEPTIEMBRE DE 1934 | NUM. 22

INDICE

	Págs.
LA PRENSA CATOLICA Y EL CINE, por Ricardo Salas Edwards	1
RESPONSABILIDADES SOCIALES, por Fernando Vives Solar	4
IDEAS SOBRE UN PROBLEMA EDUCACIONAL: EL PROBLEMA DEL CARACTER, por José Manuel Espínola	8
CULTURA Y SANTIDAD, por Manuel Atria	10
LA ESCUELA EN LA ITALIA FASCISTA, por Manuel A. Garretón	15
LA SUPRESIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN ESPAÑA, por Ricardo Cox, (Conclusión)	18
EL PRETENDIDO ORIGEN SIMIO DEL HOMBRE, por Teodoro Drathen (Conclusión)	22
ANTICOMUNISMO, por Gustavo J. Franceschi	28
NOTA SOBRE LA CUESTION JUDIA, por Jacques Maritain	34
REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS	37
NOTAS BIBLIOGRAFICAS: "Las corporaciones del Trabajo", por Elías Valdés Tagle; "El Pobrecillo de Asis y la Virgen de Avila", por Renato Sánchez García de la Huerta; "Movimiento Corporativo y Sindicalismo Agrícola", por Alfredo Bowen	39

EL FIN DE LOS TIEMPOS

Predicciones acerca del fin del mundo, atribuidas
a San Malaquías

Precio: \$ 1.80, en Santiago: \$ 1.60

Sensacionales Revelaciones

Escritos Póstumos de M. María Rafols

Precio: \$ 1.10, en Santiago: \$ 1.--

El Alma de todo Apostolado

Por D. J. B. Chautard, Abad de Siete Fuentes

Libro indispensable para todos los que quieran coope-
rar con eficiencia a la Acción Católica

PRECIO \$ 4.-

EDITORIAL ESTUDIOS

Casilla 2081 - SANTIAGO - Ahumada 360

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Septiembre de 1934

Núm. 22

La Prensa Católica y el Cine



LA VOZ DEL VATICANO

Causa asombro pensar en todo el mal que la escena cinematográfica ha venido haciendo durante una generación.

Los espectáculos del cine, que están al alcance de los recursos y de la comprensión de todos, pudieron ser muy poderosos instrumentos de cultura general; pero fines de lucro han hecho que los productores de films los hayan ido convirtiendo a menudo en una torpe excitación de las pasiones o en una imagen de la relajación social y familiar contemporánea exhibida allí en forma simpática y atrayente. Hasta la historia, que con frecuencia les sirve de tema, es muchas veces desfigurada con audacia para hacer girar sus hechos alrededor del libido y atraer con ello espectadores cuya imaginación sabe suplir lo que a veces cercena la tijera de la censura.

Estados Unidos, principal productor y principal culpable de estos espectáculos, ha visto levantarse por fin una santa cruzada encabezada por los obispos católicos y secundada por los protestantes a fin de poner atajo al mal. Gracias a esta iniciativa se cuentan en ese país por millones las personas creyentes o simplemente amantes de la verdad y de la decencia, que se han comprometido a no asistir a las películas censuradas y a hacer propaganda para que no se asista a ellas. Esta campaña ha merecido la bendición de Roma.

Los productos y empresarios confiesan que se ha marcado ya en los registradores de entradas de sus cajas este despertar de la conciencia del público norteamericano, despertar que aun no tiene eco desgraciadamente en la conciencia general de los chilenos y chilenas, ni aun de muchos que se precian de su decencia social.

Su Santidad, que tantas veces ha censurado esta relajación moral, ha dirigido últimamente por intermedio de su Secretario de Estado, el cardenal Pacelli, una carta decisiva sobre esta materia, al Presidente de la Oficina Internacional Católica de Cinematografía que funciona en Bélgica, carta que corresponde meditar a todos los católicos del mundo a los que va dirigida.

"Las nuevas generaciones, dice el Secretario del Pontífice, están expuestas irremediablemente a degradarse por las frecuentes exhibiciones de una vida artificiosa e inmoral; el materialismo que en éstas domina es por sí mismo una negación o un aminoramiento de los bienes supremos que nos

ha traído el cristianismo y que son indispensables para la conservación y desarrollo de la civilización cristiana en el mundo”.

“Así vemos que a medida que se va paulatinamente extinguiendo esa delicadeza de conciencia y esa fuerza instintiva de reacción contra el mal, que es el indicio y la medida de la virtud, los espíritus van también oscureciéndose. Estos van adoptando, en forma culpable, un conjunto de ideas sobre el mundo y la vida que son absolutamente inconciliables con las doctrinas de sabiduría cristiana que desde hace veinte siglos ha constituido el honor y la grandeza de los pueblos”.

Agrega el portavoz del Papa que todos los que militan en la Acción Católica deben consagrarse con el más ardiente celo a un apostolado que ponga remedio a estos males, oponiéndose, para conseguirlo, a las exhibiciones que sean contrarias a la concepción cristiana del mundo y coordinando una acción positiva para que el cinematógrafo se convierta en un instrumento de sana educación.

“Los progresos científicos—agrega textualmente el Cardenal Pacelli—son también un don de Dios y de ellos es necesario servirse para su gloria y para la extensión de su Reino. Los católicos de todos los países deben considerar que es un deber de conciencia el preocuparse de esta materia que va creciendo cada día en importancia. El cinema llegará a ser el más poderoso y eficaz medio de difusión, más eficaz aun que la prensa, pues es un hecho comprobado que ciertos films han sido vistos por muchos millones de espectadores”.

Un punto especial menciona en seguida la directiva pontificia a que nos referimos, el punto referente a la indispensable cooperación de los diarios católicos en la campaña de depuración del cinema. En efecto, después de referirse nuevamente el Secretario de Su Santidad a la conveniencia de que la Acción Católica se ocupe constantemente en este problema, agrega: “que los diarios católicos tengan todos una sección cinematográfica para alabar los buenos films y censurar los malos.

He ahí una instrucción de la Iglesia dada en una forma tan breve como clara.

El Papa ya había recordado verbalmente a una delegación de periodistas católicos europeos que le visitó con motivo del Año Santo la obligación en que estaba la prensa de servir de guía oportuna de sus lectores para que se abstuvieran de concurrir a cualquiera espectáculo ofensivo para la moral o para la espiritualidad cristiana en general. Ahora tenemos consignadas por escrito y para el orbe entero, las mismas instrucciones, que obligan en conciencia a todos los diarios católicos.

Los creyentes norteamericanos, que son hombres de energías, comprendieron desde el primer momento cuanto podría dificultar la prensa comercial el éxito de su campaña depurativa; no ignoran ellos las ingentes sumas que los empresarios de la industria cinematográfica pagan a los diarios en todo el universo por el renglón de avisos y la sujeción evidente en que aquella mantiene por este medio a la prensa. Han emprendido, pues, una segunda campaña, concordante con la de no asistencia a las malas películas, la de no suscribirse ni comprar ni avisar en los diarios que se niegan a publicar una crítica de las películas que figuran en cartel, condensada en dos sinceras líneas que se les envían y que es igual a la que, para guía de los fieles, se fija también en las puertas de las Iglesias.

Nos halaga la esperanza de que entre nosotros no será necesario llegar a estos extraños recursos de guerra pecuniaria.

Creemos que a lo menos, la prensa católica cumplirá, sin duda, como es de su deber, con las precisas instrucciones pontificias de dar un derrotero moral oportuno a sus lectores y establecerá esa sección especial de que habla el portavoz del Papa, en la cual, con independencia de los empresarios, se ha de "alabar los buenos films y censurar los malos", dando, como es natural, las razones que fundamentan el juicio.

Y hay que hacerlo sin vacilaciones, ni temores. No pueden dudar un instante sus directores de que esta voz como siempre triunfarán los eternos principios de la moral. Bastará la energía y resolución de los hombres de conciencia que inspiran esa prensa para producir en nuestra sociedad la indispensable reacción. Y la reacción vendrá, como ha venido de Norte América, trayéndonos aún la vergüenza de haber vivido tanto tiempo encenagados y mudos en esta pestilente charca.

Manos a la obra... y pronto, porque estamos amenazados en Sud-América, de ser el receptáculo de todas las malas películas que estaban ya en vía de elaboración en Estados Unidos, y que el público de esa gran nación, despertado en su dignidad, va rechazando cada día con mayor decisión.

Ya uno de los mismos productores de las cintas de Hollywood y de los más poderosos, ha declarado públicamente, ante la eficaz campaña católica, que es forzoso confesar que ellos, los productores, han vivido varios años "explotando la inmudicia que agradaba al público y que ha llegado la hora de cambiar de rumbos".

Ricardo Salas Edwards.

Fernando Vives Solar, S. J.

Director del Secretariado Económico-
Social de la Acción Católica

Responsabilidades Sociales

Entre las defecciones del catolicismo que con mayor espanto consideramos hoy día y que mereció ser llamada por Pío XI el mayor escándalo del siglo XIX está la apostasía de las masas, el apartamiento de la religión de aquella porción del linaje humano que hasta ahora había sido más fiel a las enseñanzas de la Iglesia y más adherida a los sacerdotes y al culto divino. La labor milenaria del catolicismo, verdadero timbre de santo orgullo de una institución que había logrado penetrar hasta el corazón de un pueblo, reformando sus crueles costumbres, sus hábitos salvajes, su dura legislación, su individualismo feroz, ha sido destruida en medio siglo de propaganda constante y de predicación libertaria llevada a cabo ante los ojos de nuestra generación que iba contemplando tan triste espectáculo con una indiferencia tranquila, hija de un optimismo inconscientemente egoísta.

Ahora ya no es posible cerrar los ojos a la evidencia: nos encontramos ante un fenómeno que no tiene explicación posible, sino la que está a la vista: el pueblo de Chile se ha apartado de la religión, no quiere nada con curas y frailes y si alguna vez vemos multitudes apiñadas en torno de esas solemnes funciones, además de ser en su mayor parte de mujeres, no les queda de esas grandes solemnidades del culto otra cosa que un vago sentimiento de lo sobrenatural, que no le impide, en la primera ocasión, tomar parte en manifestaciones en favor de caudillos, no cristianos.

Es hora para los católicos, que han recibido de Dios los beneficios de la fé, de la cultura y de la riqueza, recordar la obligación estricta no sólo de conservar esos grandes bienes sino de repartirlos profusamente entre los desheredados de la fortuna, ignorantes de las ciencias humanas, porque se han visto privados de recursos para estu-

diar, y de doctrina, porque el espectáculo que han presenciado en el mundo les ha hecho apartarse de una religión que muy someramente conocieron.

Examen de conciencia imparcial y tranquilo en el cual estudiaremos no lo que hemos hecho, sino lo que hubimos de haber hecho; examen donde consideremos a la luz de las responsabilidades que nuestra situación nos impone, la culpabilidad que nos afecta ante esta apostasía de las masas. Todo hombre está obligado según la Escritura a tener cuidado de su prójimo: cuánto más el cristiano en una nación donde se cumple mejor que en otra parte lo que dice León XIII respecto a la distribución de las riquezas en las clases en que se divide la sociedad: "acumulación de los bienes en unos pocos, y empobrecimiento de la multitud".

Procuraré ayudar a hacer este examen insistiendo en las condiciones de vida en que se encuentran nuestros dirigentes y el estado de nuestro pueblo.

Soy de los primeros en reconocer los incontestables méritos de parte de nuestra clase elevada: ha sido honesta, moderada en sus apetitos y se formó en el trabajo y en la economía. La considero absolutamente necesaria para preparar una feliz transición entre los grados inferiores y los escalones más elevados de la jerarquía social. Por sus riquezas, su posición económica y situación social está en estado de ejercer, para el bien o para el mal una real influencia; da el tono a la sociedad y dirige eficazmente sus destinos. Hablo aquí de los industriales, grandes comerciantes, magnates de la finanza, grandes propietarios terratenientes, etc. No todos se han preocupado de sus deberes para con los demás; cual sea la excepción no lo sé, creo con todo que la mayor parte aún de aquellos cuyos principios podría cri-

ticar y denunciar su conducta, proceden por ignorancia y buena fe.

Pero ahí está el hecho: aun las personas de buena voluntad parece que hubieran querido ignorar una serie de acontecimientos sociales que han producido transformaciones profundas en nuestro pueblo: nuestra Edad Media, es decir, el período colonial ha sido más rápida y de corta duración que la europea y no alcanzó a formar paulatinamente una raza con sus tradiciones y costumbres impregnadas de cristianismo.

Nuestro pueblo, resultado de una amalgama mal formada de indio salvaje y español poco culto, pasó de un estado de servidumbre política y social a otro primero de libertad dentro de un régimen liberal, siglo XIX, y después de emancipación social, a causa de las corrientes socialistas, provocadas por elementos no siempre disolventes. Las clases populares cedieron sus derechos políticos a los directores de la política: pero cuando vieron una puerta abierta para reclamar sus reivindicaciones económicas, no han querido ceder y se han pasado en cuerpo y alma a los que les predicaban doctrinas gratas a sus oídos. Se les dijo que sus enemigos, guardadores de las riquezas eran en gran parte católicos y que la religión apoyaba a éstos, sirviéndose de sus enseñanzas únicamente para mantenerlos en su estado de miseria y sujeción a las clases acaudaladas.

Por otra parte estas mismas clases formadas en las doctrinas liberales-económicas, herencia de la época en que nacieron, no pudieron entender, en un principio, lo que había de legítimo en las aspiraciones del pueblo y al adherirse sin reserva a los dogmas fundamentales del liberalismo no se pusieron en guardia ante las consecuencias de una doctrina parcialmente errónea. Teniendo por nefasta y peligrosa toda tentativa de intervención en el juego de las leyes económicas, consideradas como infalibles e inscritas en la naturaleza de las cosas, estimaban como muy conformes a la ley de Dios, lo que de ellas se deducía: y así las consecuencias en que aquellas leyes dejaban a las multitudes obreras, las crisis dolorosas del paro forzo-

so, y aún, alguna vez la explotación injusta de los trabajadores a las cuales el sistema conducía, lo aceptaban sin protesta. Por esto cierto número de cristianos vinieron, de muy buena fé, a estimar de un modo más o menos confuso que no se podía tocar este orden de cosas sin sublevar los mismos planes divinos.

"Toda tentativa, como dice el P. Coulet, con palabras aplicables a Chile, hecha para modificar las condiciones de existencia de la multitud obrera y asegurarle alguna influencia efectiva en el dominio social o político, a los ojos de un cierto número de católicos, de cierta nombradía, fué calificada de empresa demagógica inadmisible". "Identificando inconscientemente el orden con un estado de cosas en el cual ellos se encontraban bien, parecían no ver ningún desorden en que las multitudes viviesen al lado de ellos en el apuro, algunas veces en la miseria, en todo caso en total dependencia y en la más completa inseguridad".

"A estas miserias a estas debilidades, que resultaban de un estado de cosas, del cual, por esta parte, no eran responsables, su caridad se esforzaba en aportar algún alivio, pero no en prevenirlas, porque estimaban que esos males formaban parte del orden querido por Dios".

"El desorden para ellos consistía únicamente en todo lo que tendía a modificar su situación personal, no en el régimen económico social en el cual se encontraban confortablemente instalados".

"El catolicismo, es cierto, no era responsable de esta mentalidad compleja, donde el inconsciente egoísmo del hombre satisfecho se aliaba por otra parte perfectamente con rasgo de generosidad inspirados al cristiano por su caridad compasiva. Pero mientras subsista esa mentalidad, es necesario confesar que ha contribuido en gran parte a preparar a las masas populares de la idea religiosa, y hasta a ponerlas en contra de ella".

"Y si de hecho, estas masas populares buscan, en la hora actual, una especie de religión nueva, no es exagerado ver en este esfuerzo que nos turba, lo que un escritor contempo-

ráneo no dudaba en llamar "el testimonio del deber no cumplido, de la tarea irrealizada por el catolicismo". Porque así, como escribía el mismo autor en un juicio que puede parecer severo, pero que no es completamente injusto: "la posición del mundo cristiano en frente del mesianismo comunista no es solamente la posición del que lleva en sí la verdad eterna, es también la posición del culpable que no ha realizado su verdad, que la ha traicionado".

"Los retrocesos aparentes del Catolicismo en nuestro mundo contemporáneo, no atestiguan contra el catolicismo, sino más bien contra los cristianos que no han sabido vivir integralmente su cristianismo y en hacer de él el inspirador supremo de su vida entera". (1)

Se nos perdonará lo largo de la cita que hemos transcrito en honor a la claridad con que están expuestos en ella conceptos tan relacionados con la que vamos tratando, y tan conformes con las prescripciones de la Iglesia en todos los tiempos y en particular en los últimos años. Los Sumos Pontífices han ido hablando cada vez más claro sobre el problema social y la responsabilidad que afecta a las clases dirigentes.

Acaba de publicarse un documento importantísimo, emanado de la Santa Sede, dirigido exclusivamente a Chile, en el que toca con palabras de mucho peso la gravedad de esta cuestión y la obligación de los católicos de abordarla con energía. El mandato es para nosotros y no obraría como buen cristiano el que lo mirase con indiferencia: "No menos necesaria para Chile es, como V. S. bien conoce, una actividad dirigida a mejorar la situación económica de las clases obreras e inspirada en los principios de la doctrina social católica. Bien vé V. E., como se va acrecentando cada día la necesidad de que sea intensificada por parte de los católicos la conveniente asistencia a las varias categorías de trabajadores, los cuales desgra-

ciadamente, son hoy día fácil presa de los que los seducen con falsos espejismos y corrompen su espíritu con falsas máximas". "Hasta aquí el cardenal Pacelli. (1)

Hay pues, que hacer algo y para empezar debemos tener presente tres cosas principales que corresponden a otras tantas objeciones que solemos escuchar de labios de los que no están muy convencidos de la necesidad de resolver el problema social entre nosotros.

Reconoce el Sumo Pontífice la urgente necesidad de trabajar en la acción social, en Chile, y naturalmente ese trabajo que ha de ser intenso, se ha de conformar a las normas tantas veces prescritas por la Santa Sede. Los Católicos que quisieran cumplir con su deber tengan presente ante todo que no se trata de una obra de beneficencia, es decir que depende de su voluntad dar a las clases proletarias lo que a ellos les parezca, sin que los obreros tengan derecho a exigir ciertas ventajas que les aseguren una vida honesta para ellos y para su familia y después se les proporcionen medios para fomentar ahorros que le permitan mirar la vejez con tranquilidad. Para resolver el problema social no basta la caridad, pues como dice Pío XI, refiriéndose al actual estado económico y a las calamidades que sufre el pueblo: "de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no solo toleraban, sino a veces sancionaban". (2)

Como consecuencia del individualismo liberal, nuestras clases sociales, creadas y desarrolladas en tiempos de eclipse para la agremiación, han vivido hasta ahora atomizadas y los obreros se esfuerzan por salir de ese estado antinatural. Pero los obreros agremiados es otro de los fenómenos que causa pavor a muchos: se imaginan que se creará una fuerza omnipotente que ha de rebasar

(1) R. P. Coulet.—Le Catholicisme et la Civilisation en péril—Conferencias predicadas en la Catedral de Burdeos, durante la Cuaresma de 1934.—Editions Spes.—París.

(1) Carta del Cardenal Pacelli, escrita en nombre de S. Santidad al episcopado chileno, publicada en "El Diario Ilustrado" el 13 de Agosto de 1934.

(2) Encíclica Quadragesimo Anno.—N.º 4.

todos los elementos de orden y producir la revolución social con todas sus consecuencias. Si la sindicación, dicen, es aceptable para naciones europeas de cultura más adelantada que la nuestra, entre nosotros sería entregar armas de fuego a manos inexpertas. Aprovechan esta ocasión para pintarnos la ignorancia, torpeza, corrupción moral y social de nuestras clases trabajadoras y aún no falta quien quiere cohonestar los bajos salarios con la imposibilidad de elevarlos para no fomentar vicios, sobre todo el de la embriaguez, entre los asalariados.

Creo que no habrá quien pretenda probar que los obreros de la Edad Media eran más sabios que nuestros pobres trabajadores y sin embargo formaron esas agrupaciones admirables, con una organización que deseáramos para nuestras clases elevadas. De la incultura que padecen las clases populares no tienen ellas la culpa: ¿vicios? ¿cuántos habrá que no podrán tirar la primera piedra? Por último los Papas no excluyen a Chile en sus recomendaciones a los obispos, clero y católicos seglares para que se esfuer-

zen en crear y fomentar asociaciones profesionales. Estas, en todo caso, se fundarán sin nosotros y contra nosotros. Si llegamos demasiado tarde, se nos cerrarán todas las puertas y nos sería imposible penetrar en un campo totalmente ocupado.

Pongámonos a la obra con generosidad y sin segundas intenciones; ayudemos a resolver el problema con espíritu cristiano, dispuestos a sacrificar una parte de lo que se tiene y no olvidemos que ese pueblo en medio de esos defectos que recordamos con demasiada frecuencia, está adornado con otras virtudes como la gratitud y el buen sentido.

Sé que no todos pueden, aunque no sea más que por falta de vocación, ayudar directamente en la recristianización de las masas, por medio de la Acción Social Católica; pero a lo menos conozcan el problema y ayuden con lo que tengan a una obra en la que los Sumos Pontífices están empeñados como si de ella hubiese de salir el triunfo del cristianismo.

CASA MODER

FABRICA DE MARCOS — MONEDA 873 — SANTIAGO

Casa especialista en marcos tallados en maderas, dorados y plateados, modelos origina-

les. — Se compone e imita toda clase de marcos y objetos. — 30 años de práctica.

Precios módicos. — Esta Casa no tiene sucursal.

José Manuel Espínola Arrate

Ideas sobre un problema educacional

EL PROBLEMA DEL CARACTER

A) El Problema.

Hasta hace poco los panegiristas de la instrucción repetían a menudo las frases de Juan Macé, fundador de la Liga de Enseñanza en Francia, "que al abrir una escuela se cerraba una prisión"; pero los tiempos han pasado, las escuelas se han abierto... y las prisiones han aumentado a tal punto que, lenta o violentamente las naciones se han convertido en inmensas presidios gobernadas por la fuerza del estado omnipotente o por la persona del dictador. Después de tantos años de ensayos educacionales, la gran masa de la humanidad es sólo un gran rebaño de esclavos del mundo, del hombre y de sí misma. El hombre cada día más "ensimismado" es cada día menos dueño de sí mismo; mientras más grita por la libertad, obra menos libremente y mientras más derechos reclama, menos deberes cumple. Como consecuencia natural la corrupción de las costumbres invade bárbaramente a la sociedad y la sociedad, en revancha, desconoce más y más la dignidad del hombre. En una palabra nuestra educación a pesar de todos sus esfuerzos produce: "voluntades de niños en cuerpos de hombres"; su "tipo" es el "hombre sin carácter". ¿Por qué? Este es uno de sus grandes problemas que me propongo analizar.

B) Causas generales.

Para darse cuenta de la complejidad de este problema, propio de la educación moral, que se llama la formación del carácter, es necesario enumerar siquiera las causas generales que afectan directamente, a mi juicio, a todos los problemas educacionales actuales y, por lo tanto, al del carácter. Causas de malestar general que mientras existan impedirán toda solución estable y de fondo.

Estas causas generales podemos estudiarlas en el sistema educativo mismo, en los métodos educacionales, en el maestro y en el alumno.

I. Los sistemas educacionales aplicados actualmente fallan primero, por estar basados en una filosofía unilateral y errónea de la realidad, del hombre y de la vida; tal como el naturalismo, el socialismo, el nacionalismo, el individualismo, el intelectualismo, el voluntarismo, y el monismo. En segundo lugar, como una consecuencia de las doctrinas filosóficas parciales que encierran, estos sistemas pedagógicos presentan programas de educación atómicos, desorganizados e incompletos. Incapaces por lo tanto, de servir a la vida total del hombre a la vez una, múltiple y organizada. Sistemas educacionales inhumanos e inasimilables.

II. Los métodos educacionales, en general, se aplican mal, porque se les ingerta el virus de innumerables prejuicios contrarios a la filosofía de la vida real del hombre, que constituye el fundamento de la pedagogía, o porque se exagera su valor de medios educacionales. Así el prejuicio de la pedagogía experimental o científica que pretende dar a sus métodos salidos de sus laboratorios el valor de las ciencias exactas y que prescinde de las leyes del espíritu, porque no puede penetrar en sus dominios. Así el psicologismo que convierte a la psicología pedagógica en madre de la pedagogía y de sus métodos, siendo tan sólo un precioso auxiliar de ella, como la ética, la estética, la religión y la lógica. Así el tecnicismo que hace de los métodos, consejos, programas y organización escolar, la esencia de la pedagogía y de toda reforma educacional cuando en realidad tienen un valor secundario comparados con la dirección, al fin y los ideales educativos. Es la lucha de la letra contra el espíritu en pedagogía.

III. En cuarto al maestro, es imposible que coopere eficazmente a la solución de los problemas educacionales si él mismo es "un problema no solucionado", sea éste de orden intelectual, moral, económico o social.

Desgraciadamente éste es uno de los males mayores de nuestra pedagogía y las soluciones hay que plantearlas primero que todo en las Escuelas Normales y en el Pedagógico.

IV. Con respecto a los males que vienen del sujeto de la educación, se pueden reducir a las dificultades extraordinarias que presenta hoy por hoy su educación, causadas por la desorganización total de las familias y de la sociedad en que vivimos. La inconstancia, superficialidad, desinterés, desatención, e inmoralidad, reinan en nuestros alumnos con una intensidad frecuentemente anormal.

Demás está decirlo que la concepción del hombre que tiene la pedagogía actual, grosera y parcial como sus bases filosóficas, es impotente para perfeccionar verdaderamente a sus sujetos de educación.

Todo lo que hemos dicho con respecto a las causas generales del malestar educacional se debe, en una palabra, a que no se respeta esta ley fundamental de la pedagogía: 'toda pedagogía está basada sobre una filosofía de la vida. Toda verdadera pedagogía, sobre la filosofía verdadera. La verdadera pedagogía, sobre la verdadera filosofía de la vida'.

C) Causas particulares.

Formar el carácter moral, o sea, la manera propia de ordenar habitualmente la actividad total del hombre, conforme a los principios morales, fijos en la inteligencia y arraigados en el corazón, es el fin próximo de la educación moral. Las causas particulares de la mala formación del carácter deben encontrarse, pues, en las posibles deficiencias de la educación moral.

I. El primer mal en esta materia es que sencillamente en muchos casos no se da ninguna educación moral, ni buena, ni mala: se contentan con instruir y nada más...

El segundo mal reside en los graves defectos que suele tener la educación moral, ya sean estos, con respecto al fin, al sujeto o a la formación teórica o práctica.

a) Las deficiencias con respecto al fin provienen de que, a veces, se proponen como únicos criterios éticos el placer, el utilitarismo social o a lo más el imperativo ca-

tegórico de Kant; de que las ideas morales fundamentales para la práctica de la moralidad no son conocidas o por lo menos utilizadas; y de que no se toman en consideración los elementos históricos, sociales, e individuales.

b) En lo que mira al sujeto de la educación moral, cuando se trata de formar en él hábitos buenos o arrancar los malos, se olvidan de trabajar sobre los intereses del educando, de poner en juego sus diferentes estímulos de acuerdo con su temperamento y con su edad.

c) Tratándose de la acción educadora en cuanto a la enseñanza de los principios morales, además de adolecer a veces de los vicios del intelectualismo o del sentimentalismo, se prescinde, basándose en una falsa y absurda neutralidad, de los principios religiosos que son los fundamentos inamovibles de toda moralidad verdadera; y no se relacionan debidamente las ideas morales con las restantes asignaturas científicas que se imparten.

d) En cuanto se refiere a la acción educativa considerada como régimen, se falta por el desconocimiento práctico del valor educativo del factor familiar; por el peligrosísimo sistema de la coeducación de los sexos y por el valor excesivo concedido a la influencia personal del maestro en daño de la ley moral que debe ser impersonal, objetiva y suprema.

Finalmente, la misma acción educativa considerada como disciplina, es decir, como conjunto de medios que ejercitan la voluntad del educando, fuera de que no utiliza convenientemente todas las prácticas conocidas, no armoniza los principios de una libertad vigilada con los de los de una restricción mecánica, indispensable para la formación de los hábitos volitivos y mecánicos.

Sin duda que esta esquemática enumeración de males que he descrito en este artículo no sirve sino para darse cuenta de que han de ser también numerosos y difíciles los remedios que se propongan. Por mi parte, en un próximo artículo expondré los principios en que han de fundarse esos remedios, para que merezcan el nombre de tales.

Manuel Atria

CULTURA Y SANTIDAD

1. Nunca — como en los tiempos en que vivimos — ha sido tan necesaria la existencia de santos, es decir la existencia de aquellos que, no sólo practican las virtudes que se exigen a cualquier mortal para salvarse, sino que también las que se denominan virtudes heroicas. Como gracias a ellos, Dios tiene misericordia de nosotros, su existencia es, en resumidas cuentas, prenda segura de protección divina y, en consecuencia, de salvación espiritual de las almas y salvación espiritual y material de la cultura humana. Las ciudades primitivas de Sodomá y Gomorra se habrían salvado materialmente si diez justos hubieran vivido en ellas.

¡Quién sabe hasta dónde la preservación de nuestra cultura de los elementos esenciales para la vida personal y común de los hombres, se debe a méritos adquiridos, en el secreto de su existencia, por santos ignorados!

Sin embargo, el hombre moderno casi nunca comprende a la santidad; se le ocurre que el santo es un ser demasiado complicado y difícil para una cultura en la que actúan elementos exclusivamente humanos.

Desde hace algún tiempo ha empezado a sentir una especie de orgullo en esta exclusividad; quiere separar de su estructura todos los caracteres extrahumano y sobrenatural y dejar sólo los caracteres puramente naturales. La cultura es el desarrollo perfecto — perfección relativa a la época — de la vida del hombre; en otras palabras, su absoluta humanización, el máximo de su humanidad. De aquí deduce el hombre moderno que esta exclusividad a que aludía más arriba, conviene necesariamente a la cultura humana. La existencia del santo, es decir, de aquel que subordina toda su vida terrena a la vida celestial, aparece, en consecuencia, al menos como anacrónica. El santo, que en la cultura del Medievo era el elemento primordial, es abso-

lutamente inadecuado a la cultura moderna, esencialmente humana.

2. El problema básico que nos interesa resolver consiste en averiguar si el ser extrahumano o sobrenatural significa una degeneración de los elementos humanos y naturales o sencillamente un mejoramiento de ellos. Podría hacerse una larga exposición histórica demostrativa de esta segunda hipótesis; podría nombrarse — para no citar nada más que algunos nombres — a un San Agustín, un San Alberto Magno, un Santo Tomás de Aquino, como salvadores de la cultura universal; podría, en fin, demostrarse que para la vida intelectual, para la adquisición de la verdadera sabiduría, es necesario desligarse de bastantes elementos terrenos; lo que, si no es propiamente la santidad, es una condición de ella; por todo esto supongo que lo saben los que se dicen depositarios de la cultura humana. Ellos nunca han querido, o podido, comprender lo que es un santo en sí mismo, lo que significa ser santo, vivir santamente.

La vida de las virtudes, podrá ser todo lo difícil que se quiera por ser precisamente la vida más elevada del hombre; pero esto no quiere decir que sea contraria a la naturaleza humana, sino que presupone, además de los elementos meramente naturales, un elemento sobrenatural que el cristiano llama gracia. Es evidente que este elemento sobrenatural, don gratuito de la misericordia divina, ocupa en la jerarquía de valores humanos un lugar mucho más elevado que los elementos meramente naturales. La subordinación de éstos a aquél es lógicamente necesaria para quien quiera conformar su vida a una jerarquía de valores objetivamente reales. He aquí lo que hace el santo: no resiste a la gracia; no desprecia los elementos naturales de la cultura humana sino los subordina al elemento sobrenatural.

Para el cristiano esta subordinación se le presenta como indispensable, por cuanto él sabe que la vida natural del hombre está íntimamente unida a la vida sobrenatural, que existen relaciones de interdependencia entre los elementos naturales y el elemento sobrenatural; y esto por el hecho de que en el hombre no se puede separar lo natural de lo sobrenatural, por el hecho de que la naturaleza humana está sobrenaturalizada. La encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad del Hijo de Dios, es para él prenda segura de esta sobrenaturalización del hombre. Por eso la cultura en cuanto pleno desarrollo de la vida del hombre, no es sólo el máximo de sobrenaturalidad. La cultura perfecta es prerrogativa exclusiva del santo, de aquel que busca el reino de Dios y su justicia y que espera que las demás cosas se le den por añadidura.

3. Pero aún sin considerar estas relaciones inmutables, esta subordinación de los elementos naturales de la vida humana al elemento sobrenatural, la vida de las virtudes, cuya expresión más perfecta es la santidad, aparece como absolutamente adecuada a la naturaleza del hombre. Suponiendo que ésta no hubiere sido elevada, por misericordia divina, a un plano sobrenatural, no, por eso, la vida de las virtudes le sería perjudicial e innecesaria, sino que por el contrario, indicaría siempre su máximo de perfección; o, lo que es lo mismo, su máximo de humanidad, en otras palabras, la expresión más alta de su cultura. Porque ¿qué es la naturaleza humana, o sea, la sustancia del hombre en cuanto primer principio de acción y de pasión? He aquí el problema que deberían plantearse y tratar de resolver, todos aquellos que pretenden darle a la cultura humana un sentido de realidad objetiva.

La filosofía escolástica nos enseña que entre el sujeto corporal que siente y el alma racional no hay una simple unión accidental de dos sustancias; de dos seres completos subsistentes cada uno de por sí, sino una unión sustancial de manera que estos dos componentes, el alma y el cuerpo, en

virtud de su unión no forman más que una sustancia, o sea una sola naturaleza. Considerada en su subsistencia individual, esta naturaleza se denomina persona. La persona es, según la definición clásica de Brecio, la sustancia individual de una naturaleza inteligente, "persona est substantia individua rationalis naturae". Esta unidad sustancial del ser humano es condición indispensable para comprender las relaciones mutuas que hay entre el cuerpo y el alma, los deseos de vida superior y de felicidad eterna innatos en el hombre.

Veamos cómo se produce esta unión. También aquí la filosofía nos da una respuesta precisa: para ella el alma racional es la forma sustancial de cuerpo humano, el principio esencialmente determinante que da a esta sustancia que es el yo su naturaleza y sus propiedades. Hay, sin embargo entre esta forma sustancial que es el alma humana y las formas sustanciales de los seres inferiores una diferencia notable. Estas son sustancias incompletas que no pueden existir nada más que en unión intrínseca con la materia que informa; el alma humana, en cambio, es una sustancia completa, subsistente en sí misma; es en otras palabras un alma espiritual. Conviene advertir, de antemano, que no se trata de un espíritu puro de manera que el objeto directo de su actividad fuese lo espiritual; se trata únicamente de una alma espiritual que para ponerse en contacto con el mundo inteligible necesita de los sentidos corporales; el objeto directo de su actividad es lo abstracto, aquello que el entendimiento agente le presenta ya separado de los principios individualizantes.

El alma humana, en conclusión, es algo más que una simple forma sustancial; su unión al cuerpo no la materializa, no le agota toda la perfección de su naturaleza superior; comunica a la materia las perfecciones vegetativas y sensitivas que posee en grado eminente; pero sus potencias espirituales siguen siendo independientes de la materia. A pesar de que la animalidad es un elemento de su naturaleza, el hombre, ocu-

pa, sin embargo, un lugar tan elevado que, aún desde el punto de vista estrictamente científico, biológico, es necesario independizarle de los demás animales. El alma espiritual libre, en consecuencia, es su característica determinante, el elemento distintivo de especie, lo que los filósofos denominan diferencia específica. Si podemos definir al hombre como un **animal racional**, lo es precisamente porque la racionalidad le da ese distintivo supremo, esa superioridad casi infinita por encima de los que no son nada más que animales.

¿Qué consecuencias podemos deducir de esta doctrina? En primer lugar, nos indica el verdadero lugar que ocupa el hombre en el cosmos, lugar intermedio entre los seres materiales y los puramente espirituales. Nos indica, además, lo que debe ser nuestra vida en relación a nuestra naturaleza, la preeminencia del alma sobre el cuerpo, la necesidad de subordinar lo que es corporal a lo que es almático. Nos aclara la noción tan discutida de personalidad y nos explica, en consecuencia, el origen de nuestros derechos; de nuestras libertades; en una palabra, de nuestra vida moral. Nos muestra, por fin, nuestro propio destino, la finalidad superior, eminentemente superior de la vida humana a la que debe relacionarse necesariamente el desarrollo perfecto de nuestra naturaleza, lo que entendemos por cultura del hombre. Es esta doctrina de la unidad substancial del cuerpo y el alma lo que le da a la cultura humana su verdadero sentido.

La persona humana, el hombre, es un sér libre, capaz de dirigir su actividad en relación a fines futuros; es un sér dotado de razón y libertad que verifica la plena posesión de sí mismo. No son sólo las causas eficientes, las causas que obran en el pasado las que determinan su manera de obrar, son por el contrario las causas finales, aquellas que obran en el porvenir. El hombre, en consecuencia, es más plenamente natural en cuanto se relaciona más a su fin, en cuanto vive para lo que está más distante en el futuro.

¿Y cuál es este fin último del hombre, al que debe subordinar toda su existencia?

Ya hemos visto como el alma humana, forma substancial esencialmente subsistente, es decir que no necesita de la materia prima para existir depende extrínsecamente de ella aún en su actividad superior. Ahora podemos afirmar que, creada directamente por Dios a su propia imagen y semejanza, es inmortal por su naturaleza, y, en consecuencia, vivirá más allá de la tumba cuando ya este cuerpo de barro esté podrido. De hecho, el fin último del hombre es el conocimiento directo de Dios, la visión beatífica en esa vida futura; pero, aún en la hipótesis de un estado de pura naturaleza el fin último del hombre sería el conocimiento del orden universal de una manera sintética por su causa suprema y, en consecuencia, el amor de Dios, principio y fin de todas las cosas. Así las dos potencias superiores del alma, la inteligencia y la voluntad, estarían plenamente satisfecha, la una en el conocer indirectamente siquiera a Dios y la otra con el amarlo. He aquí como, la vida humana, racional y libre, está íntimamente ligada a la Divinidad.

5. Esto era necesario explicarlo — aunque fuese ligeramente como lo hemos hecho — para comprender la verdadera y legítimamente posición del santo en el universo y, en consecuencia, la relación que debe existir entre la santidad y la cultura humana. El análisis de un santo aparece siempre como algo difícil y complicado, quizá el más difícil y complicado de todos los análisis. Se siente una vaga impresión de cosa desconocida, misteriosa, extrahumana; se diría que vamos a entrar en terreno vedado y nos acongoja la honda inquietud de los actos prohibidos. Y, sin embargo, no hay nada más sencillo, más natural y más humano que un santo; siempre que entendamos lo sencillo, lo natural y lo humano en el sentido lógico o evangélico, esto es sublimándolos, aplicándolos, como es debido, a nuestra parte espiritual antes que a nuestra parte terrena.

Si analizamos, aunque sea por encima, la situación del santo, vemos que es la más

adecuada a nuestra naturaleza terrena y racional. El santo, antes de su muerte, se ha adaptado mejor que nadie a esta obligación humana que consiste en vivir entre la tierra y el cielo, apoyado firmemente en la tierra y aspirando, más firmemente aún, al cielo. Los animales son los que viven exclusivamente en la tierra; los bienaventurados los que ya poseen el cielo; las ánimas del purgatorio, también como los santos y como todos los hombres, viven entre la tierra y el cielo, pero de una manera distinta, más sublime, que consiste más o menos en estar en el cielo purgando los pecados de la tierra. Las ánimas del purgatorio viven en la tierra por el pasado; los hombres deben vivir en el cielo por el porvenir. El santo es aquel que toma de la tierra lo exclusivamente necesario para conseguir el cielo, y todo lo demás lo desprecia no con soberbia sino con humildad. El hombre vulgar, en cambio, aspira al cielo sólo en cuanto le permite no perder los placeres de la tierra. El santo verifica de una manera más conforme a nuestra naturaleza, la plena posesión de sí mismo; es, en consecuencia, el hombre más perfectamente natural: "no es como dice Maritain el hombre de la naturaleza, la tierra inculta, es el hombre de la virtudes, la tierra humana cultivada por la recta razón, el hombre formado por la cultura interior de las virtudes intelectuales y morales. Sólo él tiene una consistencia, una personalidad". Por eso el hombre por excelencia es el Santo de los santos, Cristo Señor Nuestro.

6. Fácil será comprender entonces que, no siendo la cultura otra cosa que la perfecta adquisición de nuestra humanidad, "el florecimiento de la vida propiamente humana", la santidad aparece como la expresión más elevada de la cultura. Ella que proviene del trabajo constante y tenaz de la razón y de las virtudes "es **natural** — en este sentido de que está conforme a las inclinaciones esenciales de la naturaleza humana, de que pone en juego los resortes esenciales de ésta. No es **natural** en este sentido de que no todo es entregado hecho por la na-

turaleza; se agrega a lo que la naturaleza considerada **sin** este trabajo de la razón, reducida, en consecuencia, a las energías de orden sensitivo y a los instintos o considerada **antes** de este trabajo de la razón, es decir en un estado de involución como embrionaria y de primitividad, produce por sí misma y completamente sola (1). La santidad no viene a ser nada más que un grado eminente de cultura, una cultura centrada, firme, ordenada al bien supremo de aquel que la posee y, por radiación, al bien de la humanidad entera.

La vitalidad del mundo — entendiéndolo por vitalidad el conjunto de valores que facilitan la vida de la humanidad — está en razón directa con el grado de santidad que posea, y, en consecuencia, con la cantidad de santos que en él vivan. Las crisis, los desastres, las subidas y bajadas de nuestro universo son el resultado de las crisis, los desastres, las subidas y bajadas de la vida espiritual de los hombres. Aún el progreso material mismo — aquello que pareciera estar más alejado del espíritu — es realmente beneficioso a la humanidad, adecuado o inadecuado a las necesidades que deben resolver, según que la humanidad sea más o menos santa.

Esto, que no quiere entender el mundo moderno para el cual todos los problemas humanos son problemas de digestión, es por lo demás perfectamente lógico. No consideremos el aumento de vida que resulta del crecimiento de la caridad en el cuerpo místico de Cristo; consideremos únicamente la mayor adaptabilidad a nuestra existencia terrena de aquel que comprende su posición cósmica. El hombre que se siente subordinado a sus superiores, relacionado a sus iguales y necesitado de sus inferiores es el único que sabe darle un sentido lógico a su actividad. La preeminencia del Bien común indispensable para nuestro bien individual se le muestra con una claridad meridiana, y así podrá comprender que nunca alcanzará alguna ventaja personal duradera con me-

(1) Maritain: "Religión y Cultura".

noscabo de la dignidad o del bien de sus hermanos.

7. ¿Cuál debe ser, en consecuencia, nuestra conducta en relación a la santidad y a la vida de los santos? Evidentemente, aspirar a ella. Pero ya que esto es privilegio de unos pocos dotados de cualidades morales extraordinarias, debemos por lo menos, tener una profunda comprensión de su valor cultural. Generalmente se ha considerado a la santidad como una anomalía y al

santo como a un monstruo. He aquí un error contra el que tenemos la obligación — nosotros cristianos — de luchar con tenacidad siquiera para salvaguardar los intereses de la verdad y de la cultura. Es necesario que el santo vuelva a ocupar el lugar que ocupaba en otras formas culturales pasadas: supuesta la cultura humana como una gran pirámide que culmine toda la tierra y que se elevase hasta el cielo, el santo era aquel que estaba en el vértice, el intermediario entre Dios y los hombres.

EDUCACION SEXUAL

Mucho se ha hablado últimamente de la educación sexual en las escuelas a propósito de la forma censurable en que un profesor de una escuela fiscal de Santiago, abordó este tema ante sus alumnos.

El Ministro de Educación ha declarado en la prensa, que el mencionado maestro había procedido "sin el tino, la medida y la elevación indispensable para tratar con sus alumnos tan delicada materia", y que le había sido aplicada la sanción correspondiente.

En cierta prensa y en la Cámara misma, se había llegado a decir que las críticas que ha merecido en este caso, como en otros, esta delicada enseñanza, venían de espíritus mojigatos. La experiencia va demostrando que, más que educación, es aquello, en boca de ciertos maestros, una iniciación sensual hecha desde la cátedra.

Y nada más oportuno que recordar ahora, las sensatas reflexiones que hace poco publicó sobre ello, en el "El Mercurio", el Juez de Menores de Santiago.

Dice el Sr. Gajardo que esta educación debe comenzar cuando se despierte la curiosidad del niño y que corresponde, en primer lugar, a los padres, a quienes sería necesario, en muchos casos, guiar también para que supieran hacerla sin ocasionar "fatales consecuencias", y que cuando, después, intervenga la instrucción escolar científica, debe procurarse "especialmente de la orientación moral, de la que no es posible prescindir sin causar daños irreparables".

"La enseñanza colectiva, agrega, ofrece el grave peligro de no ser suministrada con el tino que requiere", y sólo debe confiarse a maestros de "criterio moral insospechable" e insiste en que en esta enseñanza "la ética debe ocupar el primer lugar".

El Juez de Menores de la capital, concluye atinadamente diciendo: "La ignorancia sexual es peligrosa, pero lo es mucho más la educación sexual mal dirigida.

Manuel A. Garretón W.

La Escuela en la Italia Fascista

Uno de los aspectos más interesantes de la revolución fascista, en el que se ha introducido modificaciones verdaderamente sustanciales, es el de la reforma escolar: la escuela fascista es una de las realizaciones más importantes del régimen.

La reforma en la educación hecha por el fascismo abarca todos los grados de ella. En este artículo me referiré a la escuela primaria.

Dentro de la reforma hay que considerar tres campos diversos a los cuales ella se refiere:

- a) La práctica.
- b) El ordenamiento administrativo.
- c) el ordenamiento didáctico.

“Tres son las características de la escuela fascista — dice Ottorino Tentolini. (1):

- a) estatismo.
- b) civismo.
- c) espiritualismo.

Por estatismo debe entenderse no que existan sólo escuelas del Estado, sino que toda la enseñanza debe estar bajo el control del Estado, que “como sabemos es el máximo órgano político, jurídico y moral de la Nación”. Según la concepción fascista del Estado, sólo se admite una orientación política: la del gobierno. Se comprende así que en la educación, por la cual, se está formando a la niñez y a la juventud, el control del Estado, que se manifiesta en todas las órdenes de la vida, sea especialmente poderoso. “El gobierno exige que la escuela se inspire en las ideas del fascismo — ha dicho Mussolini en un discurso—; exige que la escuela en todos sus grados y en todas sus enseñanzas eduque a la juventud italiana para comprender el fascismo y para vivir en el clima histórico creado por la revolución fascista”.

Dentro de este mismo concepto está incluido el segundo, o sea el del civismo. Una de las preocupaciones principales del régimen fascista es el de educar a las nuevas generaciones con un concepto fascista de la vida. La escuela no puede limitarse a impartir una serie de conocimientos, sino que debe formar la mentalidad del niño en conformidad con los principios del régimen y mover su voluntad para adherirse y colaborar a la obra de él. Paralelamente a la obra que en este sentido se desarrolla en la escuela, las organizaciones como la Opera Nazionale Balilla contribuyen a realizar esta obra de formación.

El tercer punto, que se refiere al espiritualismo, Tentolini lo explica en esta forma: El espiritualismo se identifica en la adhesión al sistema de con-

(1). Ottorino Tentolini. Elementi di Legislazione Fascista, pág. 177.

cepción de la vida, no filosófico, sino activo, que reconoce los valores del espíritu a los cuales subordina los demás valores”.

Como punto fundamental hay que considerar la enseñanza de la Religión. Yo creo que en lo que se refiere al laicismo en la enseñanza y al laicismo en general, Mussolini, ha tenido una actitud que comparada con lo que sucede en la mayor parte de los países, — Chile, por ejemplo, — aparece como algo profundamente revolucionario. El sistema escolar creado por el fascismo, establece como obligatoria y fundamental la enseñanza de la Religión.

* * *

En lo que se refiere a métodos pedagógicos, la reforma educacional es uno de los más interesantes ensayos que en algún país se hayan realizado. La escuela fascista ha tomado lo bueno de diversos sistemas de los llamados de pedagogía moderna y los ha adaptado a la finalidad que la enseñanza persigue hoy en Italia. Ha tratado de combinar la libertad en el alumno, el desarrollo de su personalidad, el desenvolvimiento de sus iniciativas creadoras, con el régimen de autoridad estricta que se deriva de la filosofía misma del fascismo. En esta forma ha tratado de tomar de los sistemas modernos lo que se refiere a los puntos señalados, evitando las funestas consecuencias de una libertad desenfrenada que constituye el error fundamental de estos sistemas. “La sabiduría de los nuevos programas — dice Padellaro — (1), consiste en haber fundido en una forma indivisible la actividad del maestro y la del alumno. Este es verdaderamente el lado característico del nuevo ordenamiento”.

La ley de Enero de 1929, estableció para las escuelas primarias el texto único del Estado, el llamado “Libro dello Stato”. Estos libros son realmente maravillas pedagógicas. Preparados todas sus partes por especialistas de gran competencia, ellos tienen todas las condiciones necesarias para interesar al alumno por el estudio y hacérselo atractivo: la presentación agradable, preciosas figuras, amenidad en los temas.

Al mismo tiempo que estos silabarios y libros de lectura presentan estas características, la forma cómo están hechos, contribuye a que desde chico el niño se vaya formando una mentalidad fascista y admirando al régimen. En una conferencia del citado profesor Padellaro que tuve ocasión de escuchar en Roma, señalaba que la escuela fascista a la vez que trata de instruir y educar al niño, trata también, junto con formarle una mentalidad fascista, de desarrollarle la fe en el gobernante y en los destinos de la Patria.

Es indiscutible que este sistema que, como ensayo pedagógico no puede ser más interesante, se resiente de los errores filosóficos, sociales y políticos del régimen fascista, ya que, al mismo tiempo que se da una instrucción religiosa, se está impregnando al niño de ideas que arrancan de los errores mismos de la filosofía fascista. Pero esto no es del caso estudiarlo ahora.

* * *

En lo que se refiere a la parte administrativa la reforma fascista de la escuela, abarca especialmente dos puntos: la enseñanza privada y los organismos de inspección de la enseñanza pública y privada y su funcionamiento.

(1). Padellaro. Scuola Fascista, pág. 196.

Los alumnos de las escuelas primarias privadas, son sometidos a un examen estatal antes de ser admitidos a una escuela estatal; estos exámenes se realizan en las escuelas públicas y no participan examinadores de las escuelas privadas. Además, las escuelas privadas deben adoptar textos admitidos en el elenco oficial. Como puede apreciarse la libertad de las escuelas particulares está muy limitada.

* * *

La reforma en su aspecto didáctico — al que en parte ya me he referido — según el citado Tentolini se basa en estos conceptos:

- a). Necesidad imprescindible de combatir sin cuartel el analfabetismo.
- b). Utilidad suma de desarrollar en los alumnos las facultades inventivas en lugar de las cognoscitivas.
- c). Obligatoriedad de la enseñanza religiosa católica.

Es sabido que el porcentaje de analfabetos en Italia era en 1928 muy superior al de los demás países de la Europa Occidental. La solución de este grave problema preocupa especialmente al fascismo. "Desde 1872 hasta 1922 — dice Arturo Marpicati (1). — es decir, en 44 años, la administración escolar italiana había acordado a las comunas para la construcción de escuelas elementales 394 millones de liras. En los diez primeros años de régimen fascista, se han invertido 346 millones de liras, sin contar lo que han invertido varias ciudades con medios propios". El porcentaje de analfabetos de seis o más años ha disminuído entre 1928 y 1934 de 28% a 21%.

* * *

Al hacer estos ligeros comentarios sobre la escuela en la Italia fascista, cualesquiera que sean las ideas políticas que uno sustente no puede dejar de reconocer el interés que presenta como ensayo pedagógico y el gran esfuerzo que ella significa.

(1). Arturo Marpicati. Opere del Regime, pág. 13.

Ricardo Cox Méndez

La supresión de la Compañía de Jesús en España

Continuación

III

La noticia de la supresión de la Compañía de Jesús en España fué comunicada por el cable a todo el universo el mismo día 24 de enero de 1932, fecha del decreto de disolución.

No parece sino que el Gobierno republicano español se hubiera dado prisa en comunicar a la humanidad entera el atentado contra todas las leyes divinas y humanas que acababa de perpetrar.

Una ola creciente y arrolladora de indignación fué produciendo en el mundo la divulgación de la fatal noticia, como puede constatarlo quienquiera que se tome el trabajo de registrar la prensa de cualquier país de aquella época, sobre todo de los países anglosajones.

No pocos telegramas de protesta y de enérgica reprobación fueron enviados directamente de diversos países del mundo a los Poderes públicos españoles, verdugos de los jesuitas.

Pero una verdadera avalancha de comunicaciones cablegráficas y epistolares comenzó a llegar también de los cinco continentes del globo a la casa matriz de los jesuitas de Madrid, ó a la residencia de su general en Roma. Ella llevaba a las ilustres víctimas la expresión de la simpatía más honda y verdadera, de la condolencia más sincera, de la solidaridad más completa en su desgracia; de todos los más nobles sentimientos del corazón humano. Y esa cálida corriente de simpatía procedía no sólo del mundo cristiano y de las razas blancas, sino también de las razas negras y amarillas del mundo pagano, a las cuales también, y desde hace siglos, se extiende la acción civilizadora y redentora de la Compañía de Jesús; y no sólo de los católicos, correligionarios, fieles amigos y fervientes admiradores de los jesuitas sino

también de corporaciones protestantes, que en los pasados siglos fueron sus encarnizados adversarios.

Es la supresión de los jesuitas en España no solamente una injuria y un ataque a la religión católica sino también el desconocimiento por parte del gobierno de un país que presume de civilizado de los más sagrados e inalienables derechos del hombre: el derecho de propiedad, el derecho de asociación, el derecho de enseñanza y el derecho al trabajo. Y como esos derechos constituyen la esencia de la civilización moderna, el mundo entero, puede decirse, sin distinción de credos religiosos, se ha sentido afectado, indignado e inquieto con la supresión de los jesuitas, porque en ella vé un atentado contra la civilización que es su más preciada conquista, su gloria y su felicidad.

Tengo delante de mis ojos, en el momento de redactar estas líneas, más de un centenar de esas comunicaciones. Su lectura duraría varias horas; pero como no dispongo más que del cuarto de hora restante de esta tercera parte de mi conferencia, haré una selección de esas notables cartas, cables o artículos de prensa y aún de los así seleccionados no alcanzaré a leer sino cortos fragmentos.

La primera protesta que se haya oído en el mundo contra el atentado del Gobierno español es también la del primer católico del mundo en dignidad, en autoridad y en mérito: la de S. S. el Papa.

En efecto, el decreto del Gobierno español es, como ya lo he dicho, del 24 de enero de 1932. Pues bien, ese mismo día, día Domingo, Pío XI, impuesto de su texto, lo comentó ante una asamblea de eclesiásticos, y entre otras cosas dijo:

“Hemos recibido noticias siempre sombrías y tristes de Rusia, siempre malas de la infortunada México, y ahora especialmente dolorosas de la no menos desdichada España.

La triste nueva del decreto por el cual se disuelve la Compañía de Jesús en España, confiscándose sus bienes, significa verdaderamente una catástrofe.

En verdad que hay en esta inmensa tristeza algo de suprema belleza y de gloria para Nos y para nuestros buenos hijos de la Compañía de Jesús.

Ahora puede llamárseles no sólo confesores sino también mártires del Papado”.

Oigamos ahora algunas de las palabras que el General de los Jesuítas, el jefe supremo de la Orden en todo el mundo, dirigió a sus subordinados de España, víctimas de la persecución.

“Roma, 25 de enero de 1932.—Reverendos Padres y Hermanos en Cristo carísimos P. Xti.— “El Señor nos lo dió, el Señor nos lo quitó; sea bendito su nombre”. Sí, Rvdos. Padres y Hermanos carísimos, sea bendito el nombre del Señor ahora y hasta el fin de los siglos. Sea éste nuestro común grito, sean estos los sentimientos de nuestra alma en medio de las tribulaciones que por todas partes nos rodean . . .

“Nuestro corazón cediendo a la humana flaqueza, se encoge y como que se parte de dolor dentro del pecho, al ver cómo de un golpe se vienen por tierra tantas obras con tanto trabajo emprendidas por el divino servicio y ayuda de las almas, y al considerar cómo se nos arroja de nuestras casas como si fuéramos malhechores. Pero lejos de sucumbir ante el dolor, pongamos toda la intención y fuerzas, como conviene a genuínos hijos de San Ignacio, en seguir en las nuevas circunstancias de nuestra vida lo más cerca posible de Jesucristo; en vivir estrechamente unidos con El, en dar con toda nuestra fuerza gloria a Dios en las alturas y procurar en la tierra la paz a los hombres de buena voluntad . . .

“Rogad por vuestros preseguidores “para que el Dios y el Señor nuestro arranque la venda de sus ojos y puedan así, conocida la luz de la verdad, salir de las tinieblas en que yacen sumidos”. Rogad también por vuestra

queridísima patria, a fin de que, compadeciéndose de ella el Señor, encuentre la paz y la tranquilidad en aquella valiente profesión de fe católica, en la que tanto y por tantos siglos se ha distinguido.

Os bendigo con todo amor y me encomiendo en vuestros SS. SS. y 'OO.

De todos siervo en Cristo.

Wladimiro Ledóchowski, S. J.”

En Hungría — A S.E. el Dr. Ludovico Walco Ministro de Relaciones Exteriores.— Budapest.

Los infrascritos, diputados, sin diferencias de partidos y religión, atribuyendo sumo valor a la estabilidad de las ideas religiosas y morales, en la vida de los estados y los pueblos — aunque no es su intento inmiscuirse en los asuntos internos de otro estado, que está en amistad con nuestra nación — ven y contempla con dolor cómo con vejámenes y persecuciones son molestados en la República española no sólo los hombres y mujeres sino hasta los niños que se mantienen firmes en sus creencias religiosas.

Por lo tanto, interpelamos al señor Ministro de Relaciones Exteriores, para que cuando se presente ocasión oportuna, procure diligentemente ante el Gobierno de la República Española — en cuanto sea posible hacer esto entre Estados amigablemente unidos — que la libertad de conciencia de sus súbditos sea respetada y que impida que padezcan daños o pérdidas materiales por causa de sus convicciones religiosas”.

Este documento fué firmado por 156 diputados de todos los partidos, menos el socialista. No se nombra en él a los jesuítas, pero todos pensaban en ellos al presentarlo.

“The Church Times”, de Londres, órgano oficial de la alta iglesia anglicana, escribe:

“La disolución es un acto de tiranía y la confiscación un robo. Para encontrar un precedente en Inglaterra a este descarado pillaje, hay que retroceder hasta la disolución de los Monasterios por Enrique VIII.

Los jesuitas españoles van a ser despojados de todo simplemente porque se comprometen a obedecer de manera especial al Papa. Jamás se ha oído una excusa más ridícula para cometer un robo...

Los Jesuitas volverán a España, y volverán más pronto de lo que piensan sus enemigos pero donde quiera que estén, en el Oriente como en el Occidente, serán modelo de trabajos heroicos".

"The New York Times" (no católico), escribe:

"La educación española se ha sumergido en un horroroso caos con la disolución de los jesuitas; ellos eran los mejores educadores y los mejores hombres de ciencias".

El "Brooklyn Tablet": "Siempre que los enemigos de la religión se empeñen en injuriar a la Iglesia, sus primeros ataques se dirigen contra sus más poderosos auxiliadores. España es una elocuente muestra de lo que vamos diciendo. Los masones persiguen a la Compañía de Jesús porque reconocen en ella su poder y su unión admirable con la Iglesia Católica".

"El País", de Bogotá, se expresa así:

"El decreto del Ministerio de Justicia de España, en cumplimiento de la disposición legislativa que ordena la disolución inmediata de la Compañía de Jesús y la incautación de sus bienes — documento que tenemos a la vista, — constituye una de las páginas de mayor desvergüenza que pueda mostrar la moderna barbarie. Porque invocar el nombre republicano, guarecerse en mandamientos de libertad, para entrar a saco en el patrimonio moral y pecuario de una comunidad excelentísima, después de haberla entregado a la furia de las multitudes, no es sólo un pecado contra la civilización, sino un atentado contra el espíritu.

"Criterio", revista de alta cultura de Buenos Aires, escribía: "Ese decreto contra la Compañía de Jesús, sin ningún fundamento jurídico y por supuestos delitos de carácter espiritual, es un brutal atentado contra todos los principios de orden institucional que respetan las naciones civilizadas, y en el magnum latrocinium".

"Documentación Española", periódico de

reciente fundación, también de Buenos Aires, dice:

"Conste una vez más, en estas columnas, nuestra indignada y vibrante protesta, contra los sectarios que han perpetrado el crimen de privar de todos sus bienes y dejar en la calle como a viles malhechores, a 3.000 ciudadanos ejemplares, dedicados al estudio, a la enseñanza y a la piedad, sin alegrar contra ellos otra razón que su devoción especial al Vicario de Cristo.

La venganza masónica está consumada. Los inocentes han sido pisoteados y triturados. Judas sonríe de soslayo. Barrabás se frota las manos. España tiene una página de lobo, en los anales de la barbarie.

Entretanto, en la protestante Holanda, son recibidos con arcos de triunfo, y aclamados por una manifestación de 20 mil obreros, los grupos intelectuales que la barbarie del Congreso de Madrid arroja sin culpa y sin juicio, de su ingrata patria".

Tres días después del decreto de confiscación y disolución de los jesuitas, el Canciller Brüning dijo en un discurso:

"Católicos y no católicos, nos descubriremos siempre con respeto y admiración ante la obra realmente gigantesca realizada por los hijos de Ignacio de Loyola, en todas las ramas del humano saber. Alemania les rinde este tributo de justicia".

He aquí párrafos de un cablegrama enviado al General de los Jesuitas desde el Brasil quince días después del decreto:

"Profesores, hombres de ciencia, literatos, industriales, comerciantes, obreros, representantes de todas las clases sociales del inmenso Brasil, llenos de indignación, envían calurosa protesta contra la disolución impuesta a la benemérita Compañía de Jesús y confiscación de sus bienes; indignidad perpetrada por los actuales detentores del Gobierno, en la patria misma del ínclito Ignacio Loyola, la caballeresca España...

Brasil entero asiste indignado a un tan grave atentado contra la libertad, el derecho y la civilización. E imitando la actitud del monumento al Redentor, abre afectuosamente

sus brazos para recibir a los jesuitas españoles”.

Señoras y señores: el tiempo me falta para continuar esta lectura de adhesiones y homenajes a los gloriosos jesuitas, perseguidos y saqueados por la Constitución de la segunda República española. Si yo leyera todos esos homenajes de que tengo noticia, me parece que podría leer durante una semana.

Debo terminar. Y quiero hacerlo planteando un problema lleno de interés.

¿Volverán a sus colegios, universidades, institutos y casas residenciales los jesuitas españoles hoy desposeídos?

Hay precedente para dar a esta pregunta una respuesta afirmativa.

En la segunda mitad del siglo XVIII, el Rey Carlos III expulsó a los jesuitas de España y de todos los inmensos dominios españoles de ultramar; y algunos años después los jesuitas volvieron a España y a todos los inmensos dominios de ultramar. Carlos III pasó, pero los jesuitas no pasaron.

En 1820 las Cortes españolas expulsaron

nuevamente a los jesuitas; pero ellos volvieron nuevamente en 1823.

Las Cortes de 1820 pasaron, pero los jesuitas no pasaron.

La escena se repitió en 1835, en 1850 y 1868.

Por consiguiente, cinco veces antes de ahora, en el espacio de un siglo y medio, los jesuitas fueron expulsados de España, y otras cinco veces volvieron a ella.

Con tales antecedentes, creo que se realizará la profecía del diario inglés protestante de Londres que leí hace pocos minutos: “Los jesuitas volverán a España, y volverán más pronto de lo que piensan sus enemigos”.

Sí; yo pienso como “The Church Times”, órgano oficial de la iglesia anglicana; pienso que la segunda República española, o lo menos su brutal constitución, pasará, como pasaron Carlos III, José Bonaparte, las Cortes de 1820 y los otros tres gobiernos tiránicos españoles del siglo XIX; pero, en España, su gloriosa cuna, la Compañía de Jesús no pasará.

LIBRERIA CORNEJO

AHUMADA 21 — TELÉFONO 83978

Atendemos pedidos especialmente de Colegios, Conventos, Parroquias, etc.

PEDIDOS POR MAYOR DE LAS CORPORACIONES

EL 10 POR CIENTO DE DESCUENTO.

El pretendido origen simio del hombre

(Continuación)

Este origen común de los monos y del hombre se podría constatar sólo con argumentos del tiempo en que se hubiese efectuado la ramificación y el cambio del cuerpo animal al cuerpo humano. Llegaríamos al estudio de los restos paleontológicos, de los fósiles. ¿Habrá que descender en las capas geológicas hasta el Primario o hasta más bajo todavía, al Algonquio, que nos ofrece los pocos restos de la fauna más arcaica de nuestro planeta?

Según la idea de algunos evolucionistas supermodernos, podría haber existido el hombre y, sabe Dios, en qué forma primaria, secundaria, etc. Pero allí ya estamos en puro terreno de ideas y de fantasías.

Nos contentamos con las capas en que hay indicios de osamenta humana o de artefactos que acusan la mano de un ser inteligente, bajando de estos estratos todavía un poco para buscar los restos de los monos antiguos. Ya en el Eoceno, que es la capa más profunda del Terciario, encontramos Prosimios o falsos monos (Lemúridos) y un poco más arriba aparecen ya fósiles de algunos monos verdaderos. Los primeros restos de seres humanos se hallan en los estratos profundos de la época glacial del período diluvial, el que a su vez, forma la capa más antigua del Cuartario. El hombre es la última especie en la creación, a él le preceden los otros mamíferos, las aves, los reptiles, anfibios y peces, teniendo estos últimos sus troncos ya en el 2.º período del Primario, que se llama el Silúrico. Más antiguos todavía que los peces, parece, son algunos grupos de vertebrados como Moluscos y Crustáceos.

En el Terciario, ¿no hay todavía indicios del hombre? Muchos los han buscado y no les conviene a los evolucionistas que el hombre aparezca en el Cuartario como de golpe y sin el certificado de su ascendencia entre los seres terciarios.

Por lo menos debía haber algunos vestigios de su existencia en las capas superiores del Terciario y ¡qué júbilo y alegría! se hallaron una cantidad de piedras desprendidas de rocas silicosas, trabajadas en una y otra punta de su superficie y semejantes a los primeros instrumentos del hombre del Cuartario. Harto rústico era el arreglo de estos "cuchillos y armas"; pero Rutot, Hahme, Klaatsch y Verworn llaman con Mortillet estos pedazos Eolitos, queriendo decir que son piedras de la aurora de la existencia humana, trabajadas por aquellos seres humanos medio brutos.

Con Breuil y Obermeier rechazan los antropólogos, en general, la opinión que estos Eolitos sean artefactos del hombre y muestran, a las claras, que el agua corriente produce tales Eolitos y que sólo en la cercanía de corrientes de agua se encuentran estas piedras y a veces en gran cantidad. Así que los Eolitos no cumplieron lo que, al primer hallazgo, prometieron, y el hombre queda como "un parvenu" del Cuartario, sin antepasados en la Paleontología, (Branca) aunque con pésima lógica siguen repitiendo con L. Wieser "ya que el hombre como fósil se encuentra en el Cuartario, por lo tanto debe haber nacido en el Terciario".

Ya que el Terciario, en verdad, no nos da ninguna huella del ser humano, pasemos a las capas del período diluvial o que es lo mismo del tiempo glacial e interglacial del Cuartario. Allí es donde saludamos a nuestros antepasados la primera vez y todos se presentan en forma humana, por supuesto, no de nuestra raza blanca o caucásica; esto no esperamos tampoco, porque actualmente hay también tanta distinción de caracteres raciales, que no puede llamarnos la atención, si la primera raza que encontramos allí, no sea la nuestra, ni la de los negros actuales, ni la de los mongoles o

australianos, con tal que quede en los límites de los caracteres humanos, tomados en conjunto.

Para el estudio de la raza que guardó sus restos en las capas más profundas del Cuartario, nos sirven más o menos 70 individuos hasta ahora, aunque de algunos no tengamos más que unos dientes o un casquete del cráneo. De todos modos, hay un buen número de cráneos.

Según la perfección de los instrumentos de sílex o de otras piedras, que hallaron con los restos humanos se habla del Paleolítico inferior, medio y superior y del Neolítico. Este último ya no nos interesa aquí.

La subdivisión de estos niveles culturales se hace según los nombres de los sitios, donde se efectuaron los hallazgos; se habla en el Paleolítico del Precheliano, Cheliano, Acheuliano, como de las capas que conservan los fósiles humanos más antiguos y encima de éstas se hallan el Musteriano, Aurignaciano, Soutreano, Magdaleniano y, en fin, el Aziliano. Los palenotólogos alemanes prefieren otros nombres; pero esto no cambia los hallazgos. Tampoco no hay uniformidad en la distribución de las capas con respecto a los períodos glaciales e interglaciales, y los períodos glaciales no son sincrónicos en las diferentes partes tampoco.

Lo que nos interesa aquí es la inspección de los primeros restos que puedan clasificarse como humanos. Nos interesa ver si hay entre éstos un indicio del missing-link, del eslabón intermedio entre la bestia y el hombre.

1) No saben qué hacer con un hueso frontal unido a unos pocos restos de la cara, al que dieron el nombre de *Australopithecus africanus*. Parece un chimpancé joven (1924), pero bastante robusto. Claro que no se puede probar nada con tales pedacitos para formar un tipo intermedio.

2) El *Eoanthropus Dawsoni* de Piltown no es más que media mandíbula inferior y una calota (casquete del cráneo) (1912) que talvez ni son del mismo individuo y, en verdad, no se puede decir nada de seguro

sobre estos dos restos; los antropólogos no pueden aprovecharlos por lo tanto,

3) Mucho más famoso es el *Pithecanthropus erectus* de Trinil, de la isla de Java. Se encontraron allí también sólo una calota y un fémur. Dubois, que halló estos huesos, el año 1891, pero no en el mismo lugar, ni en el mismo día, aprovechó la pequeñez de la calota para el nombre "hombre-mono — *Pithecanthropus*, y el fémur para el adjetivo "erectus" = erguido; así él se creía el descubridor del missing-link, del mono que ya anda derecho y que gana a todos sus compañeros en volumen del cerebro (900-1000 cm).

Al principio opinaban muchos que la parte del cráneo sería de un gibbón gigante; pero las especies actuales de hoy tienen tan poca capacidad craneal, que la proporción entre la calota de Trinil, y los cráneos actuales sería de 8:1, y poco a poco empezó a dominar la idea que se trata de una calota humana, tanto más, que las capas geológicas del hallazgo no son anteriores a la existencia del hombre en Europa.

Hace tiempo que los antropólogos ya no le atribuyen el prestigio que Haeckel y su escuela le concedieron al *Pithecanthropus* y parece que la calota es de un hombre, de la raza llamada, talvez con razón, preneandertaloide. No hay ningún derecho de llamarlo Hombre-mono, lo que es "*Pithecanthropus*", porque la capacidad craneal no sale de los últimos límites de la cantidad indicada para el hombre y por lo demás no se dispone sino sólo del techo del cráneo, el que acerca de la cara no dice casi nada y acerca del cuello, tronco, extremidades, pelo y color, dientes y nariz, en verdad, no dice absolutamente nada.

Nos detendremos un momento con el estudio de un "missing-link" bastante nuevo, porque se encontró en el año 1929 y sólo en el año 1930 supimos del hallazgo de Chon-Con-Tien cerca de Pekín. El P. Teilhard de Chardin, jesuita francés y uno de los colaboradores e investigadores de la comisión científica, no vacila llamar el cráneo encontrado en una de las cuevas del terre-

no excavado un missing-link, un conectivo entre el hombre y el mono, cuyo nombre, sin embargo, pronto debía cambiarse de *Sinopithecus* en *Sinanthropus* q. d. de Mono chino en Hombre Chino. El caso es un ejemplo típico de la superficialidad e irresponsabilidad con que se pregonan ocurrencias y pretensiones de descubridores como conocimientos científicos.

La osamenta se halló en compañía de muchos huesos de Insectívoros, Roedores, Murciélagos, Ungulados, Rinocerontes, del Cerdó, Caballo, Perro, Hiena, Oso y Tigre, y era tanta la cantidad de fósiles, que en 3 años Mister Dawidson Black mandó 1,500 cajones de material de estudio al Laboratorio de Pekín. Hubo 12 cráneos humanos, aunque no enteros, y entre éstos la calota del *Sinanthropus Pekinensis*, hallada por el chino Pei.

Se encontró pronto un *Sinanthr. pek.* 2, relicto de una persona de mayor edad, mientras que el S. p. 1, pertenecía a un joven. La capa geológica del hallazgo fué indicada por todos los investigadores como Diluvial inferior. La forma del casquete hace la impresión de lo que llaman los antropólogos "primitivo" y la comparación tanto con el casquete de Trinil como con los restos de aspecto más primitivo del glacial de Europa, era lo más natural en este caso.

El *Sinanthrop. pek.* tiene el cráneo casi del mismo largo del *Pith.* (+ 4 mm. 187) y del mismo ancho y tendría solamente 35 cm³. más de capacidad craneal (985); todos estos datos acercan los dos casquetes morfológicamente en alto grado.

Comparado el *Sinanthr.* con el "cráneo de Gibraltar" (1924) que es de menor antigüedad y de aspecto bastante primitivo, resulta en favor del último un plus. de más o menos 100 cm³. de capacidad cr. El cráneo más primitivo de los que forman la raza neandertalense de la cual luego nos ocuparemos, es el del *Homo rhodesiensis*, el hombre de Rodesia en el Africa (1926) de frente muy aplanada, de arcos superorbitales muy salientes, de órbitas enormes y de una dentadura formidable.

Con sus 1280 cm³. de capacidad cr. se documenta inapelablemente como uno de nosotros, de nuestra especie. En la capacidad craneal tenemos el distintivo más decisivo. En los hombres de los tiempos actuales fluctúa entre 1,000 y 1,800 cm³. Es particularmente grande en el hombre europeo civilizado; p. ej., entre los parisienses tiene la mitad de los hombres más que 1,500 cm³; las mujeres tienen menos.

¿Qué sucedió entonces con el missing-link de Chon-Con-Tien? El abbé Breuil de París, primera autoridad en cuestión del hombre diluvial, fué personalmente de Francia a Pekín a ver este famoso missing-link y empezó a trabajar en los mismos terrenos del famoso hallazgo y ya el 8 XII-31 publicó W. Schmidt, el jefe de la Esc. Antropol. Vienesa, con permiso del abbé Breuil en la "Reichspost", que el *Sinanthr. pek.* había dejado bastantes señales de su naturaleza humana. Se pudo comprobar que usaba el fuego, que fabricaba miles de instrumentos de cuarzo, de otras piedras y de cachos y que aprovechaba los cráneos como vasos. No se publicaron los detalles más interesantes porque el abbé Breuil quiso referirlos al Papa mismo.

Con estos 4 hallazgos concluye hoy por hoy el catálogo de los "missing-links" fracasados y el estudio concienzudo, hasta el momento, da toda la razón a Gu. Branca, cuando dice: La Paleontología no conoce antepasados del hombre.

Si muchos evolucionistas han puesto nombres específicos como *Homo heidelbergensis*, *neanderthalensis*, *rhodesiensis*, *Sinanthropus*, a los restos fósiles de las antiguas razas, y si sólo en el Neolítico empiezan a concederle al hombre su nombre y apellido legítimo de *Homo sapiens*, (q. d. el hombre que se da cuenta del por qué), no les concedemos este permiso, porque el hombre neandertalense, la raza más antigua con el preneandertalense (talvez el *Pithecanthr.*, *Sinanthr.* y la mandíbula bastante robusta de Mauer, cerca de Heidelberg) no ostenta absolutamente ninguna característica, que no se hallara también, ais-

ladamente que sea, en uno y otro individuo de nuestras razas actuales. Luego, ¿con qué derecho hablan de otra especie del Homo?

El hombre es el *Homo sapiens* desde que es hombre.

Pasemos rápidamente lista a la raza **neandertalense**, talvez la más antigua en el suelo europeo, para formarnos una idea de nuestros antepasados, de los cuales no pocos han sufrido el oprobio de ser rechazados del catálogo de los hombres verdaderos y legítimos por evolucionistas avanzados.

1) El ejemplar que dió el nombre a toda la colección de 70 individuos conocidos hasta la fecha es una calota que Fuhlrott encontró el año 1856 en el valle del Neander, que es un riachuelo cerca de Düsseldorf. Además de esta parte craneal existen pedazos de todas las otras partes del esqueleto con excepción de la cara. La frente es achatada, los rodetes de la órbita son prominentes y por lo demás la capacidad craneal es de 1408 cm³, luego bastante para cualquier representante de la civilización mediterránea de nuestros días.

2) Anterior al esqueleto del Neandertal será la mandíbula de Mauer que Schöten-sack describió el año 1907 y que podría ser un relicto de una raza anterior a la neandertalense, pero para ponerle otro nombre que *Homo sapiens*, no hay ni sombra de derecho, porque en los museos hay mandíbulas que no ceden nada en primitividad a este fósil, cuya dentadura humana normal no llama la atención en ningún sentido. Además, concede el mismo Weinert, evolucionista decidido y prof. de antrop. en Berlín, que especialmente la mandíbula inferior es el hueso que está expuesto a más variación que otros huesos.

3) De la raza del *H. neandertalensis*, o como Wilser prefiere, *H. primigenius*, es sin duda, el **cráneo de Gibraltar**, hallazgo del año 1848, el que representa la forma más pequeña de la raza y que nos mira con ojos muy grandes. Su capac. cr. de 1296 cm³, defiende sin réplica su personalidad humana.

4. Bastante luz en la cuestión de la forma del Neandertalense recibió el estudio con el hallazgo de dos esqueletos el año 1885-86, Se llaman Spy N.º 1 y Spy N.º 2 y los cráneos de estos primitivos belgas no nos dejan dudas de que con sus 1233 cm³ de cap. cr. han sido hombres en el mismo grado como lo son los belgas de hoy.

5) Los restos de las veinte personas, "del banquete de caníbales" de Krapina (Croacia), llaman talvez la atención porque hay cráneos que son menos robustos y uno es braquicéfalo. (El largo y ancho no son muy diferentes).

6) En los valles de Dordogne y Vézère se hicieron bastantes trabajos de excavación desde el año 1908 y fueron coronados de satisfactorio éxito. Allí aparecieron dos fósiles que se llaman el joven de Moustier y el viejo de Chapelle aux Saints. El último poseía uno de los cráneos más largos de la humanidad (208 mm.); los ojos los tenía protegidos por rodetes fuertes y la boca la tenía más prolongada en forma de prognatía (hocico) que los habitantes modernos de Francia.

Era, pues, un miembro de la raza primitiva de los Neandertalenses, aunque muchos de sus compatriotas le podrían tener envidia por la gran cap. cr., que era de 1,600 cm³. El joven también tenía sus 1,500 cm³.

La estatura de los dos era de 1.60 m. y si Weinert dice que andaban talvez un poco inclinados, no podrá comprobar esto con ningún indicio.

7) Hay, además, de aquellas regiones de Francia, 4 esqueletos de **La Ferassie**, también de la capa Musteriana, uno de un hombre de 1.66 m. de alto, otro de una mujer de 1.45 m. y dos de niños.

8) 20 esqueletos, aunque bastantes incompletos, que desde 1908 se hallaron en La Quina (Francia), garantizan también la existencia de la raza Neandertalense en el Musteriano, que es la capa media del tiempo glacial de Europa, pero no infunden ninguna duda de que no hayan sido hombres como nosotros.

Quizás, es instructivo, referir aquí la suerte del hallazgo de la cantera de Tanbach cerca de Weimar. Se trata de un pedazo de mandíbula. Hablaron de ciertos caracteres de chimpancé unidos a otros de hombre; pero pronto aparecieron restos del respectivo cráneo, y Weidenreich termina con los dejos del chimpancé colocando el cráneo entre el neandertalense y una raza menos primitiva todavía.

9) Del *Homo rhodesiensis* de una mina africana (de 1926) dimos ya la descripción como del más ajeno de nuestra forma, que hallamos naturalmente como la más estética y más humana. No consta la edad de su capa geológica, y por otra parte tiene casi 1,300 cm. 3 de cap. cr., suficiente para ser un gran poeta, político o general.

10) Como último representante de la raza de Neandertal nombramos todavía el cráneo de Tabgha en las orillas de Genezareth; (1925) se encontró en la capa Musteriana como sus primos europeos y parece que se ha parecido no poco a ellos. Si lo declaran un Neandertalense más adaptado a figurar en nuestro propio tronco genealógico, no tienen indicios objetivos para tal afirmación, porque no existe más que el hueso frontal con pocos restos de la cara.

En el Paleolítico superior ya vemos tipos de caracteres menos primitivos y más parecidos, en todo, a las razas de nuestros tiempos. Así, p. ej. el *Homo aurignaciensis*, (el esqueleto de Combe Capelle), se compara, según Weinert, mejor con el salvaje australiano, aunque otros creen que este último estaría más cerca del Neandertalense.

El tipo aurignaciense es muy dolicocefalo, de órbitas angostas, más bien cuadradas y de estructura esbelta, no tiene las mandíbulas salientes y los arcos superiliares no salen tampoco tanto, la barba (el mentum) se encorva hacia adelante, como en nuestras razas.

Hallazgos de este tipo son: el cráneo de Galley-Hill (Inglaterra) los cráneos de Brün I y II, Podbaba y los restos de la sepultura de Prédmost. Otra raza y tal vez descendiente de la Neandertalense, es

la de Cro-Magnon, que nos muestra sus representantes sobre todo en el Magdaleniano y los más famosos son el viejo y la mujer de Cro-Magnon de 1868, el esqueleto de Langerie-Basse de 1872, el esqueleto de Chamcelade de 1888, el "largo de Mentone", que se encontró sepultado en la famosa "Gruta de los niños" y en la gruta al lado, que se llama du Cavillon, se halló otro "largo" de 197; el cráneo N.º 2 de la Gruta de Barma Grande que es el más dolicocefalo de todos los cráneos, y en fin, el viejo de Obercassel, con una cap. cr. de 1,500 cm.3 y con las órbitas bajas.

Los cráneos son también largos como los de la raza de Aurignac, los huesos son más gruesos; la altura del cuerpo llega a 2 m; y la cara con la frente alta, sin rodetes de simio y con un mentum bien pronunciado no sería despreciable para ningún cristiano de nuestra era.

Para nuestro estudio de la descendencia del hombre ya no nos interesan las razas del Mesolítico y advierto solamente que lo que más se nota es la tendencia a la braquicefalía de los cráneos.

Señores, esta inspección árida y rápida de los restos más antiguos de nuestra especie nos convence de que Gu. Branca tuvo razón de afirmar sin reticencia: la paleontología no conoce antepasados del hombre.

Permitaseme que, para concluir los datos en favor de la creación inmediata del cuerpo humano o para mostrar la poca probabilidad de la descendencia simia del hombre en cuanto a su cuerpo, me refiera brevisísimamente a otra clase de estudios que, quizás, alcanzarán a difundir un día, más luz sobre esta cuestión del hombre primitivo. Con las investigaciones etnológicas de la Esc. Vienesa y de muchos otros científicos que se ocupan directamente con el estudio de las razas primitivas que existen todavía en la Tierra del Fuego, en ciertas partes del Africa, en California Central, en la tierra de los Algonquios, en las Filipinas, en la península Malaria, en la tierra de los Samoyedos y de los Tunguses de Asia,

etc., etc., que forman los representantes del Urkultur-Kreis, como es el nombre técnico que les da esta Esc. Etnológica (Círculo cultural primitivo).

Es de admirar como todos los investigadores de esta especialidad, sea que vivan largos meses y años entre los primitivos, sea que comparen las observaciones escritas por otras personas que han vivido con tales tribus, llegan a acumular una multitud de datos sorprendentes de la cultura moral en su religión, matrimonio, educación de la prole, costumbres sociales y mitos, tan numerosos que ya disponemos de una literatura extensa sobre la vida de los primitivos.

Sobre los Fueguinos ya se editó un tomo de un volumen gigantesco, tratando de la vida somática, psíquica, moral y social de los Selk'nam u Onas (M. Gusinde), sobre las ideas moral-religiosas de los pigmeos y otros primitivos, ya disponemos de 5 tomos gruesos de la obra monumental de Gmo. Schmidt, "Der Ursprung der Gottesidee" (El origen de la idea de Dios), y monografías de varias tribus del Urkultur Kreis de Koppers, Schebesta y de otros investigadores, que han vivido la vida de los primitivos, han adelantado nuestros conocimientos acerca de la vida tanto somática como psíquica de los representantes de nuestra

especie que más se parecen a los que vivían en los albores de la humanidad.

Estos estudios, en su conjunto y en sus detalles nos alejan siempre más de los conceptos que Darwin y sus secuaces han propagado con tanta profusión en sus libros populares y que la Empresa Kosmos, en Alemania, sigue propagando todavía. Contra estas hipótesis ligeras y superficiales va todo el empeño de la Esc. Etnológica de Viena y siempre más seguros y más generales son sus triunfos y éxitos.

Después de haber examinado la fuerza de los indicios que los evolucionistas han elaborado en favor de la descendencia simia del hombre, creo que éstos no llegan a cautivar nuestra convicción, y que podemos mantener nuestra creencia en la creación inmediata del cuerpo de Adán, sin que algún antropólogo, ni el más especialista y más renombrado, pudiera tildarnos de atrasados o retrógrados, y creo que el doctor Emiliano Schöpfer, en su Historia del Antiguo Testamento, encuentra la expresión más correcta de la situación científica del problema, cuando dice:

"El hombre no tiene su origen, tampoco en cuanto a su cuerpo, en el Reino Animal, Sólo los argumentos más sólidos que se trajeran por la tesis contraria — pero no los hay — podrían justificar el rechazo de nuestra tesis".

Farmacia Hochstetter

Botica - Droguería

Casilla 325 - AHUMADA 41 - Teléfono 88290

Sección Homeopatía

ANTICOMUNISMO

Publicamos a continuación un artículo de la importante revista católica argentina "Criterio", debido a la pluma de su ilustre director, Monseñor Franceschi, en que se contesta el cargo de comunista hecho a dicho semanario por ciertos sectores de la opinión. La autoridad de su autor, eminente sociólogo y literato, junto con la actualidad del tema, dan a estas líneas un atractivo especial.

(N. de la R.)

Usted y la revista que dirige son comunistas, afirmábame con profunda convicción cierta persona. La frase movióme a risa, pero responde en realidad a cierta disposición mental más generalizada de lo que pudiera creerse. Según ella, quien no aprueba la forma exterior de nuestra civilización propicia reformas hondas que implican una disminución de las injusticias sociales merece el calificativo de comunista.

Basta evidentemente un adarme de reflexión para comprender que, siendo materialista en comunismo, quien es sustentador del espiritualismo cristiano no puede ser comunista; es suficiente un chispazo de pensamiento para darse cuenta de que, negando el comunismo en absoluto la propiedad privada, quien admite la propiedad, aun en la más limitada de sus formas, ya no es comunista. Pero, y prescindiendo de toda otra consideración, es claro que quien se halla material y moralmente satisfecho con el régimen actual, verá un enemigo en aquel que proclame su no conformismo; y que siendo, o pareciendo, lo más opuesto al individualismo contemporáneo el sistema pregonado por Lenin, será apodado "comunista" el que aspira a una reforma social profunda, aunque sea en sentido diametralmente contrario al materialismo bolchevista.

Al comenzar este artículo pienso en ocho o diez pobres niños y niñas que, todos los días, al anochecer, vienen a mi capilla con bolsas y botellas a buscar pan y café con leche. Sus padres hállanse sin trabajo, y de no ser la ración que se les distribuye habrían de acostarse con el estómago vacío. Y como ellos hay a la hora actual millones, esparcidos en este mundo. Afirmando que un organis-

mo social que da tales resultados como fruto natural del juego de las fuerzas económicas no se halla construido de acuerdo con los preceptos de la justicia y la caridad cristianas. Y con gusto soporto, por proclamar ésta mi certidumbre, la injuria de "comunista" y otras peores, y así estaré todavía muy lejos de mi Maestro, Nuestro Señor Jesucristo, que fué tratado de blasfemo por defender la gloria del Padre que en los cielos está, y de beodo y voraz porque, en su misericordia infinita, consentía en sentarse a la mesa de los pecadores de baja estofa.

Pero, ya que la oportunidad se presenta, analicemos un poco el problema de nuestra discordia con el comunismo.

Anticomunistas

Creo que los anticomunistas pueden dividirse en tres grupos.

El primero, mucho más numeroso de lo que se cree, ve en el comunismo un enemigo de su comodidad. Hállanse sus componentes bien dentro del régimen actual, poseen buena casa y renta bastante; su condición económica les evita mezclarse con una plebe inculta y tosca; forman parte de "la sociedad". El comunismo los privará de todo esto: habrían de trabajar con sus manos e igualarse al panadero y hasta al basurero, lo que es propiamente intolerable. Además, han leído terroríficas descripciones de los atropellos cometidos contra los "burgueses" en Rusia, y juzgan, no sin razón, que han de hacer lo imposibles para evitar semejante suerte. De ahí su odio al bolchevismo, y de ahí también su llamado al fascismo y a la dictadura.

En aquel y en ésta consideran nada más que el mejor de los instrumentos de represión anticomunista. Creen que Mussolini es un conservador del orden actual de cosas, piensan que emplea su indiscutible genio en defender las clases acaudaladas, lo conciben como un jefe de policía que impide toda molestia a las "gentes bien". Los que viajaron por Italia ponderan el orden que observan, y como para ellos el desorden forzosamente ha de venir de abajo, o cuanto más de los hoteleros que quieren cobrar precios exorbitantes, aplauden la especie de conscripción militar permanente y universal que coloca a cada cual en la postura que juzga más adecuada el gobierno. No imaginan siquiera que el fascismo reforma fundamentalmente la estructura social, y coarta al de arriba más aún que al de abajo.

Porque ignoran todo eso hacen votos por una dictadura que, no lo dudan, irá a buscar a las personas distinguidas en los clubs elegantes para darles puestos de responsabilidad y provecho, y meterá en cintura a la "chusma", teñida de comunismo. Nunca han pensado que una dictadura que quiera mantenerse en el poder ha de anhelar la popularidad, siéndole indispensable apoyarse en la masa.

He aquí un primer grupo de anticomunistas que repudian la doctrina de Lenin sencillamente porque son conservadores en el sentido económico-social de la palabra.

El segundo grupo de anticomunistas obedece a sentimientos mucho más nobles. No todos los nacionalistas, pero sí buena parte de ellos tiene ese modo ver.

A los tales repugna en primer lugar el anti-patriotismo. Se sienten miembros de una raza, solidarios con la obra de los antepasados, responsables del porvenir a que está llamada la fracción de humanidad de que son parte. Sea cual fuere su teoría acerca de la natural sociedad que forman todos los pueblos de la tierra, estiman, — y en ello les asiste la razón, — que no en vano se han creado idiomas, condiciones de vida, culturas, tradiciones distintas entre sí, y afirman que no puede prescindirse de este hecho, que

manifiestamente es fruto de la misma naturaleza humana. De ahí el considerar como una utopía no sólo vana sino peligrosa el internacionalismo tal cual lo pregonan los comunistas, o por lo menos gran parte de ellos.

En segundo lugar observan que al destruir toda propiedad, el comunismo reduce la persona a esclavitud, ya que no podrá desarrollar sus aspiraciones espirituales, ni sus capacidades literarias o artísticas, ni su pensamiento filosófico, ni nada en suma, más que dentro de la línea y en la medida que los jefes impongan. El comunismo será siempre, por necesidades intrínsecas del sistema, una tiranía que repugna a la dignidad humana.

En tercer lugar suscita en ellos algo así como náuseas el brutal materialismo que está en el fondo del sistema. Basta para experimentarlas la simple creencia en Dios y la inmortalidad del alma, aun fuera de todo concepto religioso positivo. El hombre es un ser naturalmente adorador. Fue Dostoiewsky, creo, quien narra de un ácrata que penetró en un templo, extinguió la lámpara del santuario, arrojó al suelo el crucifijo, puso en su lugar los libros de los materialistas Buchner y Moleschott, encendió nuevamente cirios y lámparas, e hincó devotamente las rodillas en el suelo. Los comunistas copian el gesto, pero sustituyen los libros por una máquina: son los místicos de la rueda dentada. Ahora bien, esto no es soportable para la inmensa mayoría de los hombres; de ahí la inquina de muchos al bolchevismo.

Pero existe un tercer grupo de adversarios que, sin rechazar las sólidas razones del segundo, van mucho más allá, y se colocan en un punto de vista muy superior. Para sus miembros la irreductible hostilidad arranca de ésto: el comunismo es un totalitarismo que aspira a organizar la humanidad entera, — hombres, instituciones e ideas —, en torno a un principio que es propiamente el de la anticaridad; es el extremo diametralmente opuesto al cristianismo, porque pretende conseguir resultados idénticos, — o caricaturas de ellos —, con medios que constituyen

la negación más perentoria y absoluta hasta ahora formulada del cristianismo. Este funda la unidad humana en "el Padre que está en los cielos" y la logra mediante la progresiva incorporación a Cristo; el comunismo la funda en la materia y quiere conseguirla mediante la progresiva extinción de lo espiritual.

Pero es necesario ahondar un poco en el asunto.

La realidad comunista

Es necesario decir toda la verdad, y plantearnos sinceramente las cuestiones. ¿Por qué ha tenido el comunismo, en el mundo entero, un éxito que fuera tan pueril como peligroso negar? ¿Tan sólo porque fomenta el odio a las clases acomodadas o porque una cantidad más o menos grande de judíos milita en sus filas? No, sino por otra razón mucho más profunda, que el análisis de diversos pensadores, sobre todo católicos, ha contribuido a determinar.

El siglo XIX, apartándose de las normas de la caridad, — en el sentido pleno y noble de la palabra —, ha sido ante todo egoísta. Este calificativo me parece corresponderle mejor que el de estúpido discernido por León Daudet. El individualismo es nada más que el nombre con que en lo económico-social se disfraza el egoísmo. En lugar de trabajar para vivir, el hombre trabajó para gozar, y por este camino acabó por trabajar para producir. En virtud de lo primero se suprimieron prácticamente las diferencias entre las necesidades naturales y las artificiales, puesto que la satisfacción de éstas, una vez despertadas, es tan urgente para el goce como la de aquéllas. En virtud de lo segundo los individuos, obreros primero y luego también patrones, se vieron y ven metidos en una ronda infernal, porque si quieren detenerse en su labor frenética la masa los tritura, ya que el beneficio, tal cual está organizada la producción hoy día, no se logra más que trabajando al máximo productor, sea de films, de zapatos o de trigo, vea naturalmente un adversario (un competidor) en otro productor; y de ahí también que el obrero, desalo-

jado por una maquinaria cada vez más perfeccionada que es indispensable para mantener el nivel de la producción, esté constantemente amenazado de paro, y sienta un rival en todo otro obrero. A medida que avanzaba el siglo XIX iba progresando esta desolidarización, no tan sólo entre clases sino también entre miembros de una misma clase. Paralelamente a esto la falta de toda caridad entre naciones, los egoísmos nacionales, preparaban o engendraban nuevas guerras, y los apetitos desenfrenados de mano hacían nacer el electoralismo, los ajetreos de la baja política, la compra-venta de puestos públicos.

Fácil es ver que todo esto, que presento ahora en un haz pero que merecería un amplio desarrollo, tenía su origen inmediato en causas de índole moral y espiritual. La atenuación del cristianismo, el replegarse de cada individuo sobre sí mismo (producto directo de la reforma protestante), el orgullo despertado por los progresos científicos y técnicos que comienzan en el siglo XVIII, el naturalismo (prescindencia de lo sobrenatural), que se abre paso en la vida individual y en la colectiva, todo esto que ataca al espíritu antes que al cuerpo, es lo que produjo la desolidarización. Y ésta, lo repito, ha llevado los sufrimientos de la humanidad a su paroxismo.

Los católicos sociales de comienzos del siglo XIX no pudieron, salvo excepciones, abarcar el problema en toda su amplitud, entonces difícilmente perceptible. Algunos, como Ozanam, ven con claridad el fondo de la cuestión; otros, sin desconocerla, vinculan su solución a determinadas formas de gobierno; otros por fin creen que podría mejorarse lo actual tornándolo aceptable. Promediando el siglo, ya fué más patente la quiebra del régimen individualista, y corresponde sin duda al Obispo Ketteler, de Maguncia, el haber planteado los términos esenciales del asunto en sus sermones de 1849. Pero, como no podía menos de acontecer, fué tachado de "revolucionario" (más adelante se substituyó esta injuria con la de "socialista", y luego de "comunista"); las gentes "bien" de aquella

fecha protestaron contra esas voces que no admitían que la injusticia pudiera ser adecuadamente reemplazada por la limosna.

Mientras tanto, sonó la voz del socialismo colectivista. Ampárome tras la cuádruple coraza de Berdiaeff, Maritain, Daniel Rops y Vance, citado a la par de un Santo Padre el primero, católicos notorios los tres últimos, de indiscutible talento todos, para decir que en ese llamado había algo de verdad.

La había en primer lugar **negativa**: la implacable denuncia del egoísmo individualista, la crítica tremenda al liberalismo, la protesta contra esa disgregación sustancial, fruto de la economía desviada, que conducía a los hombres a luchar irremisiblemente entre sí. Pocos, bajo formas aparentemente serenas, han sido más duros que Marx para el siglo que murió. Los errores enormes en que incurrió el autor de *El Capital*, no pueden oscurecer este hecho.

Había además una **verdad positiva** en cuanto afirmaba la necesidad de crear un régimen dentro del cual los hombres fueran colaboradores en lugar de enemigos; un régimen que **totalizara** la civilización, que trabara entre sí todas sus partes, que redujera a una unidad superior todos los elementos morales, sociales, políticos, económicos, artísticos. El socialismo fué para los primeros marxistas un sistema completo, que si bien abordaba primariamente el problema económico porque éste era el de mayor urgencia, abarcaba todos los aspectos de la vida tanto individual cuanto social. Era, en el sentido más estricto de la palabra, un **totalitarismo**.

El comunismo actual ha recogido tanto aquélla crítica cuanto esta afirmación, y en ello estriba su fuerza. No dudo de que hay infinidad de comunistas dominados por el odio, y de que otros muchos van al comunismo inducidos, ya por la intensidad de sus sufrimientos personales, ya por lecturas incompletas o mal asimiladas. No puede ocurrir otra cosa en un ambiente que doctrinaria y prácticamente recoge los frutos de dos siglos de ataques al cristianismo. Pero es seguro, — me consta por conversaciones directas, por mi ministerio sacerdotal, — que

otros, en no menor cantidad, se sienten arrastrados a él por ese sentimiento de solidaridad, por ese aborrecimiento al individualismo que antes mencioné. Y cuantos autores conocen bien la Rusia actual, desde Berdiaeff e Istrati hasta Durtain, nos muestran, al lado de los que adhieren al bolchevismo por miedo, a los otros, — los mejores —, que trabajan y sufren porque están persuadido con toda sinceridad de que van creando un mundo más humano, una civilización basada sobre la fraternal igualdad, un régimen dentro del cual la colaboración será tan natural y espontánea como lo es la lucha en el régimen individualista.

Era necesario decir esto porque, como lo expone Berdiaeff, para comprender el error del comunismo es preciso conocer primero la arte de verdad del comunismo.

El error del comunismo

No está el error del comunismo en el hecho de la crítica al régimen individualista ni en la aspiración a un régimen de unión, sino en la base doctrinaria de una y otra, y en la forma que consecuentemente da a su estructura **positiva**.

El bolchevismo, a pesar de sus esfuerzos, no ha sabido purgarse del virus capitalista: su reforma se basa sobre el interés, no sobre el amor; ha sustituido el interés individual por el colectivo, el capitalismo privado por el del Estado, pero el interés nunca logrará abarcar la totalidad de cada hombre ni la totalidad de los hombres; y al suprimir lo espiritual ha impedido que el amor pueda expandirse indefinidamente. El **error fundamental, irremediable, del comunismo** está en haberse atado a la materia, centrando sobre ella **toda la vida individual y colectiva**.

Esto es un fruto lógico de la mentalidad liberal del siglo XIX, caracterizada por dos hechos: su falta de unidad y su inclinación **hacia la materia**.

El liberalismo, que durante la primera mitad de la pasada centuria pudo dar la impresión de un bloque sin resquebrajaduras, acabó por mostrar sus fallas internas. De ahí la

distinción que se estableció entre la vida pública y privada, entre la moral personal y la colectiva. Dentro de tal sistema un gobernante que oye misa todos los domingos firma una ley despojando a las congregaciones religiosas; un concejal alaba como individuo a las monjas de los hospitales, pero como miembro de un partido vota su expulsión; un jefe de estado, incapaz de hurtar un céntimo, declara una guerra evidentemente injusta; o un austero señor toma parte, — provecho —, en especulaciones que arruinan a centenares de familias. Pero, nóteselo muy bien, en todo esto el predominio, lo que imprime carácter a la actividad en cuanto es participación en la vida colectiva, tiene un definido sabor materialista. Se busca el beneficio más que la justicia. De hecho, la política internacional ha sido regida, según la frase clásica que repetía hace ocho días Roosevelt, por la ley de la selva virgen, y la política interna ha sido calificada, no sin razón, de canibalismo social.

Por otra parte, se eliminó el factor divino de la filosofía, del arte, de la literatura. De ahí que la psicología se redujera a la fisiología, el arte fuera infestado por la pornografía, y la literatura apestará a naturalismo. El culto, — porque no cabe otro nombre, — de la materia, estaba en el ambiente.

Leemos en el Evangelio una tremenda frase de Nuestro Señor Jesucristo: "conviene que haya herejías". Conviene, no en el sentido de que las herejías sean un bien en sí mismas, sino en el de que ellas contribuyen, muy sin quererlo, a la justificación de la Providencia. Nunca se realizó la palabra mejor que en el caso presente: del materialismo que estaba en el ambiente, de la política sin alma, de la filosofía sin Dios, extrajo Carlos Marx su doctrina.

Quien haya leído una vez *El Capital* habrá comprobado cómo cada una de las fórmulas marxistas, ya económicas, ya sociológicas, ya filosóficas, está lógicamente deducida de las fórmulas individualistas y materialistas, con la enorme ventaja de que mientras el liberalismo carece de cohesión interna, la doctrina colectiva la tiene poderosa. Insisto en el concepto afirmado antes: el colecti-

vismo es un **totalitarismo**; encarna, abarca todos los aspectos de la vida privada y social.

Ante esta teoría, que tomaba, por decirlo así, un cuerpo visible en la Primera Internacional, los dirigentes habrían debido verificar un severo examen de conciencia y enmendar rumbos: se contentaron con llamar la policía; no se dieron cuenta de que la fuente del mal estaba en ellos mismos y no en sus discípulos colectivistas; olvidaron los versos castellanos: "arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué"; y supusieron que todo se arreglaría con desterrar a encarcelar a unos cuantos propagandistas. Así lo piensan algunos todavía, que no han observado un hecho que sin embargo se mete por los ojos: setenta años de rigores no han impedido los progresos del colectivismo.

Y sin embargo Pío IX, y mucho más que él todavía León XIII, mostraban dónde se hallaba el manantial de la infección que se extendía. Desde el Syllabus hasta la encíclica *Rerum novarum* escalónase toda una serie de documentos fundamentales. Cuando dentro de ciento o más años estudien el proceso degenerativo de nuestra civilización, pasmaránse los historiadores de que advertencias de tanta claridad no hayan sido atendidas, no digo ya por los ateos, sino por muchísimos católicos que "idolatraron con los paganos".

La lógica, — y la justificación de la Providencia, — exigían por lo tanto que la serie de las consecuencias se desarrollara hasta el fin: el comunismo se instaló en el mundo.

Como se ve, el comunismo, que es el totalitarismo materialista, es el anticristianismo por excelencia. En este camino no hay manera de ir más allá, porque el mismo culto directo del demonio implica el reconocimiento del espíritu y por lo tanto la confesión de la existencia de Dios.

Y para nosotros los católicos de verdad ahí está el nudo de la cuestión. Las molestias que pueda inferir el comunismo a los acaudalados nos interesan poco. Las razones de orden patriótico, con hacernos fuerza, no bastan por sí solas para justificar toda la repugnancia sustancial que en nosotros engendra esa doctrina. Todo, a pesar de su valor,

desaparece ante un hecho fundamental: por su constitución esencial el comunismo se halla en el extremo del diámetro opuesto al cristianismo.

Todo lo demás fluye de ahí.

Lo primero que ha caído a los golpes del comunismo es el primado de la persona.

Mucho se ha escrito acerca de las crueldades enormes atribuibles a los soviets. Desde los tiempos faraónicos no se habían visto obras construídas a costa de tantas vidas humanas. Los egipcios empleaban en ellas a cautivos de guerra, los maximalistas a los hombres en quienes suponen hostilidad a la doctrina colectivista. El resultado es el mismo: el hombre sacrificado a una obra de orden material.

Es que la **persona**, dentro de semejante sistema, no existe: el único ser real es la comunidad. La persona supone una determinada autonomía, una voluntad libre, una colaboración consentida a un bien común comprendido y amado. Nada de eso es compatible con la posición doctrinaria maximalista, porque todo ello supone en el hombre un elemento espiritual. La comunidad, encarada con criterio exclusivamente materialista, se compone entonces de partículas pequeñísimas, indivisibles: los individuos. Estos no tienen significación fuera de la colectividad, no tienen un fin propio e independiente, su destino es ser partes, y nada más que partes, del bloque total. Si una partícula de esos intenta ser algo independiente del conjunto, discurrir por su cuenta, reivindicar derechos personales, rompe la homogeneidad de ese conjunto, y se impone su eliminación. Lo mismo da que haya empuñado un arma o que haya expuesto sus tendencias en una conversación privada: su delito es siempre el mismo: atribuirse una entidad no total y absolutamente subordinada a la comunidad. Y de este modo, por un camino que sorprende a primera vista pero que bien observado es de una lógica perfecta el comunismo llega a un individualismo de grado superior. El individualismo religioso se había acantonado en el terreno de las creencias. El individualismo liberal se había colocado en el terreno político, el individualismo económico había concentrado sus efectos en el terre-

no de la producción. Ese otro individualismo es total, porque suprime completamente la noción de persona. Y es por esto que, resumiendo las diversas esclavitudes que en algún grado habían existido dentro de nuestra civilización rudimentariamente individualista, llega a la esclavitud completa, mucho más plena que ninguna de las que ha conocido la humanidad hasta nuestros días.

Y aquí se comprende una palabra de la Biblia. Afirma ésta que "la Verdad os hará libres". Refiérese no a una verdad parcial cualquiera, sino a la Verdad por excelencia, la verdad sobrenatural. Por una lógica inversión, la mentira nos tornará tanto más esclavos cuanto más honda sea; y si ella se coloca en la base misma de todo conocimiento y de toda la vida, la esclavitud será absoluta. Y por esto, mientras en un lado subsiste "la libertad de los hijos de Dios", habrá en el extremo contrario "la servidumbre de los hijos del materialismo".

En estos últimos años se ha intentado crear otros totalitarismos. Ellos habrían sido posibles cincuenta años atrás, cuando aun no estaban tan claramente definidas las ideas, ni habían desarrollado todo su contenido las premisas. Hoy esos totalitarismos no son consistentes. O bien acabarán por ir hasta el cristianismo verdadero, o bien serán absorbidos por el comunismo. Su éxito transitorio no debe engañarnos: también pudo creerse duradero el triunfo del individualismo liberal durante los primeros cuarenta años del siglo XIX; su inconsistencia radica en un error inicial interno, un falso concepto del hombre, del mundo, y de Dios. O cambian su abstracto y dejan entonces de ser lo que son, o bien les aguarda la suerte que acabo de indicar.

Creo haber señalado la razón fundamental de la oposición católica al comunismo. Aun cuando dejara de engendrar los atroces sufrimientos que actualmente derrama, y difundiera en todas partes el bienestar; aun cuando se tornara patriótico y nacionalista, nuestro repudio sería tan absoluto como lo es hoy día.

El culto de Dios y el culto de la materia no pueden coexistir en el hombre.

Gustavo J. Franceschi.

JACQUES MARITAIN

Nota sobre la cuestión Judía

La Cuestión Judía ofrece dos aspectos: político-social y espiritual o teológico.

1.º Del primer punto de vista, la dispersión de la nación judaica en medio los pueblos cristianos posa un problema singularmente delicado. Muchos judíos por cierto (y lo probaron a precio de sangre en la Gran Guerra) se asimilan de veras a sus patrias de elección; la masa empero del pueblo israelita queda separada, reservada, en virtud misma del decreto providencial que hace de ella, a lo largo de la historia, el testigo del Gólgota.

En la medida en que es así, débese esperar de los judíos muy otra cosa que un apego real al bien común de la civilización occidental y cristiana.

Hay que añadir que un pueblo por esencia mesiánico como el pueblo judío, desde el momento que rehusa el verdadero Mesías, jugará fatamente en el mundo un rol de subversión, no digo en razón de algún plan preconcebido, más en razón de una necesidad metafísica, que hace de la Esperanza mesiánica y de la pasión de la Justicia absoluta, traspuerta del plano sobrenatural al plano natural y aplicadas en falso, el fermento más activo de la revolución. Por eso justamente, como Darmsteter y Bernard Lazare lo reconocían francamente, es dado hallar judíos, mangoneos judíos, espíritu judío, en el origen de casi todas las grandes revoluciones modernas (1). No insisto sobre el rol enorme jugado por los financistas judíos y los sionistas en la evolución

política del mundo durante la guerra y en a elaboración de lo que se llamó la paz.

De ahí la necesidad evidente de una lucha de salud pública contra las sociedades secretas judeo-masónicas y contra la finanza cosmopolita; de ahí hasta la necesidad de cierto número de medidas generales de preservación, que eran por cierto más fácil de excogitar en el tiempo que la civilización fué oficialmente cristiana (véase este punto en el opúsculo de Mgr. Deploige sobre *Saint Thomas et la question juive* y un estudio de La Tour du Pin "*La question juive et la révolution sociale*") pero que no parecen imposible de suplir, hoy sobre todo cuando el sionismo, creando un Estado Judío en Palestina, parece deber situar a los judíos en la obligación de optar, los unos por la nacionalidad francesa, inglesa, italiana, alemana, etc... (y estos deberán rehusar todo ligamen con el cuerpo político judío); los otros por la nacionalidad palestina, sea que vayan allá a residir, sea que queden a título de extranjeros en los demás países.

Llamo sólo la atención sobre los dos puntos siguientes: 1.º Las medidas de que hablo son, por natura, medidas de autoridad gubernamental, y si de hecho para obtenerlas fuere preciso recurrir a la opinión pública, es nuestro deber de escritores católicos el iluminarla y ayudarla a razonar estas cosas sin odio, guardando la disciplina intelectual que es debido. Las pasiones populares y los "progroms" no han resuelto jamás ninguna cuestión, muy al contrario.

2.º No debe la cuestión judía servir de derivativo al descontento y decepciones de la hora presente, de suerte que "EL JUDIO" aparezca en una especie de mitología simplista como la única causa de los males que sufrimos. Trátese de ideas, de hombre, o de instituciones, hay otros culpables, y en especial nos sería realmente muy cómodo golpear nuestro "mea culpa" en el lomo de los

(1) Bernard Lazare *L'Antisémitisme*; Darmsteter, *Les Prophètes d'Israel*. M. Muret. (*L'esprit juif*) escribe a su vez: "Un ardiente empresario de demoliciones es el pensador judío contemporáneo. Buscará en vano un principio estable, una idea tradicional sobre que no haya ejercido su voluntad de destrucción. El des cristianar el mundo, a eso se reduce, en definitiva, la función mística de los Israelitas contemporáneos. He aquí la obra a la cual, si no solos, al menos en colaboración afanosamente se aplican".

judíos cuando las faltas e infidelidades de los cristianos tienen el primer rango entre las causas del desorden universal.

* * *

II. El segundo aspecto de la cuestión judía, espiritual o teológico, que concierne a la vocación del pueblo judío, lo voy a subrayar, ya que es muy descuidado. Por antisemita que pueda ser en el otro punto de vista, un escritor católico (me parece evidente) debe a su fe el guardarse de todo odio y todo desprecio para con la raza judía y la religión de Israel, en sí mismas consideradas. La Iglesia reza con los salmos de David; ella es la heredera directa del Antiguo Testamento y de sus Santos. Por degenerados que estén los judíos carnales, la raza de los Profetas, de la Virgen, de los Apóstoles, la raza de Cristo es el tronco en que fuimos injertados. Recordemos el capítulo 11 de la Epístola a los Romanos:

“Si el rechazo de ellos fué reconciliar del mundo—¿qué será su reintegro, sino un resurgir de los muertos?...”

“Si algunas de las ramas fueron cortadas y tú, olivo amargo, en su lugar injerto—participando de la raíz y jugo del olivo,—no blasones mucho en contra de las ramas”...

Pues si tú olivo amargo contra natura fuiste cortado e injertado—contra natura en el olivo franco—con más razón las ramas notiva algún día en el propio olivo”... (2).

Cuando más la cuestión judía se vuelve políticamente aguda, más necesario es que la manera como nosotros la tratamos se proporcione al drama divino que ella evoca. Es intolerable que escritores católicos hablen en el mismo tono que Voltaire de la raza judía, del Viejo Testamento, de Moisés y de Abraham.

Por encima de lo dicho, dos hechos importantes, que quisiera señalar para concluir, se imponen aquí a nuestra atención.

1. El primero es el número relativamente grande (y en todo caso en verdad impresio-

nante) de Judíos que, de algún tiempo ha, se convierten a la fe (hablo de conversiones sinceras y no de ciertas conversiones colectivas en Polonia o Hungría). Jamás la conciencia religiosa de los Judíos ha parecido tan hondamente conmovida (3).

2. El segundo hecho, es el extraordinario fervor de plegarias por Israel que hay hoy en la Iglesia y cuyo fruto son justamente esas conversiones. Es conocida la historia de los dos hermanos Ratisbonne, convertidos. Teodoro en 1827; Alfonso milagrosamente en 1842, por una aparición de la Virgen. Esta aparición y conversión están relatadas en la 2.ª lección de Maitines de la fiesta de la Medalla Milagrosa (27 Nov.) Teodoro Ratisbonne fundó en 1847 la Congregación de N. S. de Sion, cuyo objeto propio es la conversión de los Judíos, que ha ganado acreces considerables. En 1905 se fundó en París una asociación de plegarias por la conversión de los judíos que Pío X erigió en archicofradía en 1909 y que contaba entonces 36,000 adherentes.

He aquí ahora un hecho menos conocido y muy significativo. Hacia fines de 1869, en el Concilio Vaticano, los dos convertidos israelitas presbíteros Lemann, hicieron como escribía el Cardenal Coullé, “una tentativa audaz en apariencia, pero inmensamente conmovedora: provocar un testimonio de simpatía de la Santa Iglesia de Jesucristo en favor de los restos de Israel, y reclamar por todo plegarias por su reintegración” (4). Tiernamente animados por Pío IX, redactaron un *Postulatum pro Hebraeis* que presentado a los Padres del Concilio, reu-

(3) En su libro “De l’harmonie entre l’Eglise et la Synagogue” publicado en 1844, Drach notaba ya un “movimiento extraordinario en la nación judía” de conversión al catolicismo, “signo cierto—dice—de los últimos tiempos del mundo”. Entre los convertidos de Israel más conocidos citemos, al lado de los hermanos Ratisbone y los Lemann, la hija del célebre rabino y filósofo alemán Mendelsohn (Dorothea Schlegel, mujer de Fed. Schlegel, a quien trajo al catolicismo). Drach mismo, el P. Hermann, el presbítero Goschler, el venerable Lieberman, fundador de la Congregación de los Padres del Espíritu Santo...

(4) “La Cause des restes d’Israel introduite au concil ecuménique du Vatican”, Lyon et Paris 1912—précédé d’une lettre du Cardinal Coullé.

(2) San Agustín, *Adversus Judaeos*, cap. X—San Jerónimo, *In Osaes*, III, 3—in *Abacuc*, III, 17—in *Malach.* IV, 5, 6—*Estius*, ad *distin.* 47 *libri IV Sent.*...

nió 510 firmas episcopales. Todos los Padres del Concilio, agrega Mons. Elie Blanc, hubiesen firmado sin excepción si los dos hermanos, por un sentimiento delicado de deferencia, no hubiesen querido ceder el honor de la mayoría de firmantes al **Postulatum pro Infallibilitate** que había recogido 533. Sólo la interrupción del Concilio por la guerra impidió la discusión de este "**Postulatum**".

En fin, la idea lanzada en Londres en 1918 de novenas de Misas por la conversión de Israel ha prosperado singularmente. En Francia solamente 510 Misas se dijeron en 1920, más de 1,000 en 1921. El 27 Febrero 1920 esta iniciativa recibió la aprobación de Su Santidad Benedicto XV, quien prometió ofrecer él mismo el santo sacrificio por la conversión de Israel en la novena preparatoria a la fiesta del Sagrado Corazón.

Así es como la Iglesia, a pesar de esa especie de horror sacro por la "perfidia" de la Sinagoga que le impide doblar las rodillas cuando reza por los Judíos el Viernes Santo, continúa en repetir entre nosotros el gran clamor "Padre, perdónalos" del Crucificado. Parece que hay allí una indicación que no pueden desechar los escritores católicos. Tanto como deben denunciar y combatir a los judíos depravados que llevan, de consuno

con los cristianos apóstatas, la Revolución anticristiana, tanto deben guardarse de cerrar la puerta del Reino ante la buena voluntad, ante los "veros Israelitas, de que habla N. Señor, "en quienes fraude no hay". La caridad hacia los unos no debe empequeñecer la justicia debida a los otros, y viceversa. He ahí un caso eminente en que nos es fuerza unir en la integración de la vida cristiana, lo que no es fácil, dos virtudes opuestas en apariencia: la justa defensa de los intereses de la república y el amor sobrenatural por todo hombre, aun por los enemigos de la república — amor sin el cual no merecemos llamarnos cristianos y que es el dominio propio, no digo del "internacionalismo católico", sino de la "catolicidad supranacional" (5).

(5) La oración del oficio del Viernes Santo, que es muy antigua, pues ya Gregorio de Tours la alude, expresa bien el espíritu de la Iglesia en su conducta con los judíos: "ut in nullo eorum vitae et saluti aut quieti vel divitiis invidentes, immo eorum veram salutem, pro qua Ecclesia solemnter orare consuevit, veraciter inquirentes, servemus erga eos ecclesiasticam sinceritatem et disciplinam, et commi scos nobis fidelium populos nullo modo eorum contagiis et sacrilegiis involvi patiamur.

(De "La Vie Spirituelle, tom. 4, pág. 304)

Botellería y Fiambrería «Standard»

ESTADO 129 — TEL. 88442 — SANTIAGO.

Productos escogidos de 1.ª calidad. — Vinos, licores de varias marcas, en especial de la Quinta Normal. — Conservas, Frutas secas, fiambres, quesos, mantequilla, etc.

DESPACHO INMEDIATO A DOMICILIO.

Revista de ideas y de hechos

VIDA INTERNACIONAL.—

a) Un comité de senadores de los Estados Unidos investiga en la actualidad el tráfico de armas a los países sud-americanos. Ha logrado comprobarse, después de un detenido estudio, que los agentes de las fábricas interesadas, a fin de obtener la colocación de sus productos, fomentaban las revoluciones, contribuían a agudizar los conflictos internacionales y recurrían con el mismo fin al soborno de altos jefes de la administración pública. El Gobierno de Chile ha solicitado, por conducto de su Embajador en Washington un escla- recimiento especial en todo lo que pueda referirse y afectar a funcionarios del país.

b) El fantasma de la guerra se pasea por Europa. Las maniobras y simulacros de ataques aéreos se suceden en Gran Bretaña, Francia e Italia. Mus- solini declara a los jefes de su ejército que éste ha de estar preparado como si la conflagración fuera a estallar hoy mismo. Por su parte, en el lejano oriente, el Japón hace otro tanto y parece no desear que se le olvide en la lista de po- tencias de primera clase. Algunos observadores piensan, sin embargo, que el temor de una guerra próxima parece declinar con el acercamiento operado úl- timamente entre Italia y Francia, obtenido muy posiblemente con la renuncia de la primera de sus propósitos revisionistas en favor de Alemania a cambio de su paridad de armamentos respecto de la segunda. No hay que olvidar, por otra parte, que el Canciller Hitler en una gran manifestación celebrada en Coblenza en favor de la devolución del territorio del Saar a Alemania, expuso lo siguiente: "Nos regocijaremos si el 13 de Enero las campanas de toda Ale- mania tañen anunciando el retorno de nuestro gran territorio; pero nos rego- cijaremos más si ese repique significa el retorno de la paz. Si hay aún nume- rosas divergencias de opinión, nunca hemos perdido la esperanza de que la otra parte verá las cosas a la luz de la justicia, lo que, eventualmente, haría posible una paz justa. Aún cuando ciertos círculos internacionales, bien cono- cidos, continúan tratando de mantener vivas las llamas de la enemistad entre estas dos grandes naciones, aún espero y confío que después del plebiscito del 13 de Enero será posible un mayor entendimiento".

VIDA INTELECTUAL.—

El más importante acontecimiento ocurrido últimamente en el orden in- tellectual, ha sido sin duda la celebración en Santiago de la II Conferencia In- teramericana de Educación. A ella concurrieron delegaciones de Argentina, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Haití Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Sal- vador, Uruguay y Venezuela. Además enviaron observadores Colombia y España.

La víspera de la inauguración de las labores de la Conferencia, S. E. el

Presidente de la República recibió a los delegados y pronunció entonces las siguientes palabras: "Estimo que la mayor necesidad del mundo moderno es la paz. El mundo debe de una vez por todas imponerla al universo y no se logrará este propósito mientras no se consiga previamente el desarme moral de los espíritus. Esta alta finalidad se alcanzará sólo cuando se haya inculcado en el alma y en el corazón de los niños, como un dogma y una suprema aspiración, el anhelo de paz y de concordia entre los hombres".

En el acto inaugural usaron de la palabra el Ministro de Educación Pública, don Osvaldo Vial; el Rector de la Universidad de Chile, señor Juvenal Hernández; el Presidente de la Comisión Organizadora de la Conferencia, don Agustín Edwards; y el Embajador de México, señor Cienfuegos. "Corresponde a la educación—dijo en esta oportunidad el señor Vial—la altísima misión de inspirar su obra en ideales que orienten a todos estos pueblos y les permitan trabajar en común en la formación de sus destinos semejantes. Debemos cultivar en nuestra juventud desde su edad más tierna, esta simiente llamada a dar los más provechosos frutos y los más fecundos resultados. El mundo ha pasado por pruebas sangrientas, en las que han sucumbido los principios tradicionales de humanidad y bondad, y una poderosa corriente materialista amenaza hundirnos en un caos oscuro e incierto. De ahí que hoy día es más necesario que nunca trabajar incansablemente por el restablecimiento de los ideales éticos, por la reconstrucción de los valores morales de la civilización y por la solidaridad espiritual que una a los pueblos".

Para su mejor funcionamiento, la Conferencia designó las siguientes comisiones de estudio: De Iniciativas, Resoluciones y Orden Interno, de Temas Centrales, de Enseñanza Primaria y Normal, de Enseñanza Secundaria, de Enseñanza Especial y Técnica, de Enseñanza Universitaria, y de Trabajos de Iniciativa Individual.

Las reuniones de estudio se alternaron con la visita a establecimientos de educación y exposiciones escolares, y la asistencia a conciertos y revistas de gimnasia.

J. E. G.

Notas Bibliográficas

LAS CORPORACIONES DEL TRABAJO

por Elías Valdés Tagle.

45 páginas—1934.

Se reproduce aquí, en un folleto, la conferencia dictada hace pocos meses por su autor en el Secretariado Económico-Social de la Acción Católica. El señor Valdés Tagle, que es en Chile una de las altas autoridades, sobre la materia explica lo que ha sido en los tiempos pasados y lo que se anhela que sea en el presente, el régimen de las corporaciones cristianas del trabajo, formadas por la concurrencia simultánea y paritaria de patronos y obreros. "En pocas páginas, gracias a su erudición, como dice el P. Vives Solar, ha podido sintetizar lo que un lector aficionado debe saber".

"EL POBRECILLO DE ASIS Y LA VIRGEN DE AVILA"

por Renato Sánchez García de la Huerta.

Un volúmen de 217 pág.-1934.

Muchos elogios se han hecho de este libro en que se presentan en forma panorámica y simpática algunos aspectos de la vida de San Francisco de Asis y de Santa Teresa de Jesús y que es obra de un autor que bordea y bordeaba en el escepticismo religioso, al decir del Señor Vial Solar, uno de los más autorizados críticos que lo aplauden.

Aunque las personalidades singularísimas de ambos santos han servido de tema, en diversas épocas, a muy grandes escritores, no hay duda de que se lee con agrado la renovación que, en cuadros cinematográficos, hace ahora el Sr. Sánchez de ciertos aspectos de la vida de esos taumaturgos.

Y decimos de ciertos aspectos, porque no pueden tomarse esas dos reseñas biográficas como un estudio completo de lo que en realidad San Francisco y Santa Teresa fueron, desde el punto de vista, religioso; lo sobrenatural, la influencia de la gracia divina sobre ellos, aparece sólo esbozada con palabras de alcance meramente humano o hay que adivinarlas entre líneas para explicarse el verdadero secreto de la metamorfosis de sus espíritus.

Desde el punto, simplemente histórico, merecería también la obra fundados reparos en lo que respecta al estado del Catolicismo cuando Francisco de Asis se decidió a abandonar el mundo y coger el rudo sayal.

El capítulo VI del "Pobrecillo de Asis", que el Sr. Sánchez tomó tal vez, sin mayor estudio, de la revista francesa, que él dice le sirvió de fuente, es una pintura del estado de la Iglesia anterior a San Francisco que no es verdadera en todas sus afirmaciones y que, en lo que es cierto, se refiere a sucesos acaecidos tres a cuatro siglos antes, como lo atentados armados contra algunos Pontífices por parte de los jefes civiles de algunos estados vecinos, lo que en ningún caso debió ser causa para que el joven de Asis sintiera despertar su

santa vocación en el siglo XIII, y brotaran en él aquellos ímpetus de reformatar la vida contemporánea disipada y aún la vida monástica, desposándola con la pobreza.

Por la misma historia que el autor hace en las siguientes páginas, se comprueba, sin lugar a dudas, que fueron precisamente las Papas el principal y más poderoso apoyo con que contó, desde sus comienzos, el seráfico monje.

En resumen. Es esta una obra escrita, a pesar de todo, con un sano y noble espíritu y es digno de ser celebrada, porque nos muestra a su caballeroso autor, ensalzando públicamente, desde el dintel de la Iglesia, a estos dos grandes espíritus que adentro se veneran en sus altares.

MOVIMIENTO CORPORATIVO Y SINDICALISMO AGRICOLA

por Alfredo Bowen

220 páginas—1934

Muchos han hablado últimamente de organización corporativa, pero pocos lo han hecho con la preparación del señor Alfredo Bowen. Abogado, ex-Presidente de la Liga Social y Miembro del Secretariado Económico Social de la Acción Católica, el señor Bowen ha dedicado toda su inteligencia y juvenil entusiasmo al estudio de estas difícil materias. La profundidad y documentación de su obra acusan en él relevantes dotes de investigador y un raro conocimiento de la realidad. Su análisis crítico de la legislación sindical chilena, aparece como lo más original y completo que se haya publicado hasta la fecha. Las soluciones propuestas a los males del sindicato industrial y los medios, en fin, que señala para realizar en el campo agrícola nacional el ideal corporativo, denotan un claro concepto de la doctrina católica y una cabal idea del mal económico existente en nuestro país.

Ojalá que con más frecuencia aparecieran estudios de esta importancia, llamados a orientar el sentido de la opinión pública al través de tantos problemas áridos y difíciles.